

Selección

TERROR

CURTIS GARLAND

OJO EN LA OSCURIDAD

FABA


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

CURTIS GARLAND

OJO EN LA OSCURIDAD

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 273
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 10.013 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

Caía la tarde cuando Gladys Oakley terminó su tarea en la tienda de la señora Thorpe. Era lo habitual, especialmente los viernes, cuando se prolongaba la tarea más allá de las cinco, a causa del fin de semana. La señorita Thorpe acostumbraba a cerrar los sábados. Para poder así distribuir los encargos acabados, en los domicilios de sus clientes.

Ello, inevitablemente, hacía algo más prolongada la jornada de trabajo del viernes en la tienda. De buen grado, Gladys cumplía esa tarea. La señorita Thorpe era condescendiente también a la hora de pedirle un favor, ya fuese monetario o para poder abandonar la tarea antes de la hora, si necesitaba ir a alguna parte. Debía, por tanto, corresponder también ella por su parte. Y así lo hacía gustosa.

Aquel fin de semana no se presentaba excesivamente esperanzador en lo que al clima se refería. Había estado lloviendo últimamente con alguna frecuencia, y aunque ahora había escampado, lo cierto es que el molesto viento era frío y húmedo, presagiando nuevas precipitaciones, además de traer consigo un considerable empeoramiento de la temperatura.

—Ya puede irse, Gladys —dijo de pronto la señorita Thorpe, consultando su reloj que colgaba de la cadena de oro, sobre su seno, resaltando encima del severo tono oscuro de sus ropas—. Se ha hecho tarde. Son casi las seis, y está muy oscuro ya. ¿Quiere que la lleve yo misma a su casa?

—No, gracias —rechazó sonriendo la empleada—. Siempre me gusta dar ese paseo hasta mi hogar. Me despeja un poco, después de todas estas horas cosiendo y haciendo patrones.

—-Tiene razón, pero como la tarde está tan desapacible...

—No importa. Me gusta el tiempo lluvioso, especialmente cuando ha dejado de llover.

Las tardes tienen algo de melancólico que me complace.

—Come quiera, Gladys. De todos modos, ha trabajado mucho esta mañana, por causa de la boda de la hija de los Gladstone y el bautizo del niño de los Pearson. De modo que tengo algo para usted.

Buscó en su bolsillo, y extrajo algo, que puso sobre la mano de Gladys. Esta miró, sorprendida, el billete de veinte dólares. Abrió mucho sus claros ojos.

—¡Señorita Thorpe! —Exclamó, con intención de rechazar el dinero—. Es demasiado... ¿Por qué me da esto? Yo no hice otra cosa que cumplir con mi obligación...

—Hizo algo más que eso. Quédese con el dinero. Los Gladstone son unos buenos clientes. Pagan lo que se les pide sin rechistar, sobre todo cuando se cumple puntualmente con ellos. Han pagado especialmente por la urgencia del encargo, y es justo que usted se lleve una pequeña gratificación, puesto que apenas si ha tenido unos minutos de descanso esta semana, en las horas

de trabajo. Cómprese cualquier cosa, Gladys. Es un premio muy pequeño para su buena voluntad. Y hasta el lunes.

—Gracias, señorita Thorpe. Hasta el lunes. Creo que me compraré ese bonito sombrero que vi el otro día en la tienda del señor Fogg.

Recogió su bolso y se encaminó a la salida de la tienda. Tintineó la campanilla, al cerrarse tras ella la puerta vidriera. Con un suspiro, la señorita Thorpe puso el cartelito de «Cerrado» sobre el cristal, y bajó la cortina, tras seguir por un momento con la mirada el caminar irregular de Gladys Oakley, calle adelante, sobre la acera salpicada de charcos de lluvia. Las farolas del alumbrado se habían encendido ya. La claridad de gas era tenue y fantasmal en la inclemente tarde. La cojera de la joven Gladys se apreciaba con mayor nitidez cuando caminaba sola, por calles poco frecuentadas. Procuraba disimularla lo más posible, con femenina coquetería, cuando se hallaba cerca de la gente, en especial si entre esa gente había hombres jóvenes.

Suspiró moviendo la cabeza con gesto de pesar, al regresar al interior de la tienda de modistería, totalmente desordenada tras el excesivo trabajo del día. Aún tenía que quedarse ella varías horas, en el taller, terminando la tarea para los dos encargos urgentes a cumplir aquel sábado.

No pudo dejar de pensar en Gladys Oakley, su empleada. Una muchacha laboriosa, honesta y llena de voluntad. Bonita y joven... pero con el defecto de su cojera, que tanto la perjudicaría a la hora de encontrar un hombre que se fijase en ella. Así eran las cosas, por injustas que resultasen.

Ya quedaban pocos escaparates encendidos en las calles del pueblo. Casi siempre cerraban puntualmente a las cinto, en especial en las épocas invernales, ya que poca gente salía de sus casas en esas fechas, una vez oscurecido. No es que en el lugar hubiera motivos para sentir miedo o prevención, porque allí la vida era habitualmente tranquila y sin problemas. No existían delincuentes habituales, y sólo algún que otro borracho, los viernes y sábados, podía llegar a importunar a una mujer sola, aunque por regla general eso se castigaba tan duramente, por parte del juez Rattigan, que pocos ebrios se atreverían a llegar a tal extremo, limitándose por regla general a echar una ojeada a la mujer con quien se cruzaban en su camino, o todo lo más dirigirle una palabra admirativa, para seguir su ruta sin más.

Pero en los lugares como Abbeyville, el invierno siempre era duro y triste, y eso contagiaba a las personas. La población, forzosamente, tomaba un aire melancólico en el atardecer, y sombrío y hosco cuando caía la noche, lo cual sucedía sorprendentemente pronto.

La señorita Thorpe dejó de pensar prontamente en Gladys, para sumergirse por completo en la tarea de coser. Los patrones terminados por su empleada, así como la tarea, ya adelantada, facilitaban las cosas. Pero aun así, tenía trabajo hasta casi la medianoche, y no sentía apetito alguno en estos momentos. Resolvió que era mejor tomar un poco de café caliente mientras trabajaba, y luego cenaría algo frío, antes de acostarse, con la tarea ya terminada para el siguiente día.

Apagó las luces de gas de la tienda, aseguró la puerta con la llave y el pestillo, aunque el índice de robos en la vecindad había disminuido notablemente en los últimos años, desde que nombraran comisario del distrito a Dick Summer.

Era un hombre duro y enérgico con los maleantes, y ello, unido a la severidad en las sentencias del juez Rattigan, había hecho que mermaran mucho las raterías en la localidad. La señorita Thorpe no se sentía, pues, en absoluto inquieta, por el hecho de trabajar sola en la trastienda, hasta altas horas de la noche.

Sólo quedó en la tienda la luz de la parte posterior, donde realizaría su tarea la modista. En la calle, una luz más se había extinguido, la de su establecimiento, contribuyendo a dejar en sombras otra zona de la acera.

Allá, al fondo, Gladys Oakley dobló una esquina, con su taconeo desigual, pese a que la cojera de su pierna izquierda no era excesivamente acentuada, y enfiló el camino de la cercana colina, donde vivía. Esa calle era más oscura que la principal, lógicamente, y las edificaciones también aparecían más separadas entre sí, con abundantes zonas de espesura y matorrales. Alguna que otra luz de gas, formaba un halo amarillento en la noche. El viento agitaba los arbustos, haciéndoles producir raros chasquidos y cuchicheos.

Alguna que otra ventana, mal cerrada, golpeaba con sus postigos, acá y allá.

Gladys apresuró el paso, con lo que su leve cojera se hizo más acentuada. Su rubia cabecita destacó al pasar bajo una de las escasas farolas de aquella zona de la pequeña población. El terreno se hizo más empinado al iniciarse la colina, y subió la pendiente empedrada con alguna dificultad.

Pero en ningún momento llegó Gladys a sentir miedo. Era su ruta habitual, y estaba acostumbrada a hacerla de noche, sin que hubiese sucedido jamás nada especial en ella.

No tenía por qué ser diferente esta noche. Abbeyville era un lugar tranquilo, habitado por gente respetable. Y rara vez había forasteros que pudieran despertar recelos, puesto que casi nadie viajaba a aquel lugar, salvo en época de festejos.

El primer temor surgió cuando cesó el viento durante unos instantes.

Porque, pese a ello, en el silencio repentino que se hizo, Gladys Oakley captó el rumor de los arbustos. Todavía sonaban, pese a que no corría ni el más leve soplo de brisa.

Y lo curioso era que ese ruido se iba produciendo justamente al mismo ritmo que ella avanzaba. Es como si el agitar de los arbustos la fuera siguiendo.

Notó que empezaba a palpitarle el corazón fuertemente. Una rara sensación de inquietud y temor la asaltó. No era habitual en ella, pero tampoco lo era que, sin aire ninguno, siguieran sonando los matorrales, y además siempre a su misma altura.

Tuvo una repentina idea. Se detuvo en seco, mordiéndose el labio inferior.

Aguzó su oído.

En el acto, el silencio fue absoluto. Ni el más leve crujido en los arbustos. Nada. Ese silencio duró unos segundos, tres o cuatro. Luego, corrió otra ráfaga de aire. Los arbustos se agitaron. Gladys echó a andar, pensando que podía estar en un error. Pero ya no se fiaba. Dirigía miradas recelosas a uno y otro lado de la calle. Alcanzó un edificio iluminado.

Vio el resplandor rosado de las lámparas, al otro lado de los cristales de las ventanas.

Dudó. Se preguntó si debería detenerse, llamar a la puerta, pedir asilo bajo aquel techo. Inmediatamente, desechó la idea por ridícula. ¿Qué podría decirles? ¿Que los arbustos sonaban en una noche de viento? ¿Que tenía miedo de recorrer sola un camino que hacía cada día, desde dos años atrás?

Se hubiera sentido terriblemente avergonzada, de exponer a alguien tan débiles y absurdas explicaciones. La gente, sin duda, se reiría de ella.

Decididamente, siguió su marcha. El viento iba cesando paulatinamente. Ahora se paró otra vez, tras una fuerte ráfaga. Gladys siguió caminando, ya sin sentir contra su rostro y ropas la más leve brisa.

Pero los arbustos siguieron susurrando. A un solo lado. A su derecha.

Solamente a su derecha.

Eso tenía un claro significado.

—Hay alguien ahí —musitó para sí Gladys, empezando a sentir de súbito un irrefrenable terror.

Y apresuró el paso cuanto le fue posible. Su cojera se hizo más y más acentuada, a medida que aceleraba el paso, con histérico temor, la mirada dilatada, fija en los oscuros, siniestros arbustos que se agitaban, siempre a nivel suyo, sin que aire alguno los moviera.

La rubia modista apenas si respiraba. De repente, la noche se había convenido para ella en una especie de cerco sombrío, donde acechaba el peligro. Un peligro que no lograba entender, pero que estaba allí, caminando junto a ella, agazapado siniestramente en los ramajes.

Casi podía sentir la mirada fija en ella. La helada luz oculta que reflejaría un ojo maligno, clavado en su persona. Sin pestañear. Sin desviarse de ella. Con una expresión tal vez de complacencia, de odio... o de instintos malvados.

Estaba angustiada. Ahora sabía que la seguían, que la vigilaban, que iban en pos de ella, sin razón aparente, sin sentido alguno. Abbeyville era un lugar apacible y tranquilo. Sin embargo, no podía significar nada bueno aquellos roces en la oscuridad, aquella obsesiva figura humana que intuía, que adivinaba, agazapada en la noche, protegida por los arbustos...

La última casa quedó atrás. Ya solamente había un largo trecho de oscuridad y de espesura hasta su casa, con el camino empedrado en medio. Al fondo, en la pendiente más pronunciada de la colina, la vivienda solitaria, rodeada de arboledas y de matorrales.

Un lugar apartado, pero donde nunca había temido nada. Ahora, de

repente, todo eso había cambiado.

Y sentía todos los terrores del mundo.

Gladys Oakley, de repente, echó a correr. Como si el propio diablo la persiguiera de modo implacable. No se lo pensó dos veces. Sabía que tenía que hacer algo, y lo hizo. Y ésa era la única cosa que estaba capacitada para hacer: correr. Intentar huir.

Su perseguidor, sin duda alguna, supo lo que ocurría. Comprendió que el miedo de la solitaria joven era ya real, tangible. Que sabía de su presencia, y trataba de alcanzar la casa, de ponerse a salvo.

Y también el oculto, el misterioso merodeador nocturno, corrió tras ella. Gladys lo advirtió al hacerse más brusco y violento el azote de los arbustos en el aire, de nuevo agitado por ráfagas frías y húmedas que helaban ahora su piel. Pero ella sabía que ese hielo lo ponía el terror, no la inclemencia nocturna.

¡El merodeador estaba persiguiéndola ya abiertamente!

Podía sentir su ronco jadeo, la carrera veloz de un cuerpo agazapado, de una sombra inconcreta pero viva, detrás de la barrera de arbustos.

Su pánico aumentó de grado. Su triste cojera, la impedía ser más rápida. Incluso tuvo una fatal influencia en sus propósitos.

Al apoyar en un desnivel del empedrado su pie izquierdo levemente torcido, perdió el equilibrio. Sintió un fuerte dolor en el tobillo, lanzó una exclamación ronca de horror... y cayó de costado sobre el sendero solitario y en sombras. Las luces de gas habían quedado ya muy atrás, como luciérnagas lejanas en la callejuela del descampado.

Y ante ella, demasiado lejos para poderla alcanzar jamás, estaba la sombra sólida, acogedora y esperanzadora, de su propio domicilio. Dentro de él, al menos, se hubiera sentido segura. Pero jamás llegaría a él.

Lo supo en ese momento. Justo cuando la sombra humana se materializó. Cuando el merodeador abandonó todo fingimiento, todo escondrijo, y salió de los matorrales.

La figura se irguió, se precipitó hacia ella...

Un largo grito de terror brotó de los labios de Gladys Oakley. Era un grito en el que se condensaban su angustia, su pánico, su desesperación más profunda...

Luego, la amplia sombra de una figura humana, de un hombre envuelto en algo flotante, quizá un capote o un macferlán, se abatió sobre ella, como un gigantesco y siniestro murciélago.

Un lejano manchón de luz de gas, se reflejó por un momento angustioso y alucinante, en un ojo fijo, dilatado, inyectado en sangre, vidrioso y maligno, fijo en la desdichada figura de la rubia muchacha coja.

Ella gritó, gritó de nuevo, con sus manos crispadas sobre el empedrado, el lívido rostro vuelto hacia su atacante, que se inclinó sobre ella con súbita y terrible decisión.

Los gritos se ahogaron en una especie de ronco estertor, cuando las manos

del hombre de la noche apretaron con fuerza el cuello frágil, largo y esbelto, de la pobre modista. Un sonido ronco, inarticulado, como el de una fiera, escapó entre los apretados labios del merodeador.

Y siguió apretando, apretando, mientras el delicado cuerpo se agitaba en el suelo, en un inútil forcejeo final por luchar contra la muerte, contra aquellas garras humanas que, implacablemente, se cerraban sobre su garganta, ahogándola, haciendo crujir su laringe, sus vértebras, cerrándole todo conducto de oxígeno para sus pulmones.

Hasta que el rostro de la joven Gladys no se puso amoratado, la lengua colgó hinchada entre sus violáceos labios, y el cuerpo quedó fláccido e inerte entre sus manos, no soltó el asesino a su víctima.

Esta cayó atrás, sobre el empedrado, sin vida alguna en su delgada y joven figura. La forma humana envuelta en la amplia prenda oscura, se irguió. Las manos seguían crispadas, con los dedos engarfiados en el vacío, ya sin presa que aferrar. Unos ojos inyectados en sangre, vidriosos y crueles, se fijaban despectivos en la figura inmóvil.

Luego, lentamente, la sombra viviente se movió, se deslizó hacia la zona oscura de los arbustos, y en ella se fundió, alejándose sigilosamente, entre ráfagas de viento glacial y húmedo, precursores de nuevas lluvias sobre. Abbeyville y su región.

CAPITULO II

—Bien venido a Abbeyville, señor.

El viajero aspiró hondo. Luego exhaló el aire, que brotó formando un denso vaho en la noche fría y lluviosa.

—Gracias. ¿Es usted el encargado de llevarme a casa? —fue su réplica.

—En efecto, señor Millard. Sabíamos que llegaba en ese tren. La señora me envió a recogerle. La noche está amenazadora. Llevamos demasiados días de mal tiempo por aquí. Y la distancia desde la estación a la casa es larga. Demasiado larga para hacerla a pie con un clima semejante...

El viajero asintió, mientras a su espalda silbaba la locomotora. Giró la cabeza, contemplando pensativo el convoy al ponerse en marcha. La estación de Abbeyville aparecía en sombras, con la excepción de un quinqué colgando de la mano del jefe ferroviario y una luz de gas en la oficina, tras los vidrios sucios. También estaba el reflejo del fanal de la locomotora en las vías, pero era una claridad más lejana y difusa, que se fue extinguiendo lentamente, entre los resoplidos del tren y las nubes de vapor que escaparon por entre sus ruedas y bielas, al ponerse el convoy en marcha.

—Vamos —suspiró el joven viajero, aferrando con mayor fuerza el maletín oscuro, de piel de carnero—. Estoy deseando encontrarme en casa, después de todo este tiempo.

¿Cómo está tía Kathryn?

—Como siempre. Gruñendo y refunfuñando de vez en cuando. E intentando ocultar su bondad siempre que puede —sonrió el cochero, subiendo tras hacerse cargo del maletín del recién llegado.

—Ya veo. Como siempre —rió entre dientes Alan Millard, el joven que volvía a casa con su flamante título de abogado en el bolsillo, para tratar de ser alguien en el futuro.

El carruaje tirado por los dos caballos, partió rápidamente hacia los edificios de Abbeyville, a través de la campiña oscura, dejando atrás la solitaria estación. El quinqué empuñado por el somnoliento y perezoso jefe de estación, era como una luciérnaga triste, pendulando en la sombra, al ritmo de los pasos cansinos del funcionario, de regreso a su oficina. Era todo lo que se podía ver en la oscuridad reinante.

El sendero era desigual, abrupto y. salpicado de charcos de lluvia. Discurría entre altos matorrales, a través de una extensión como de media milla larga, hasta los primeros edificios de la población.

Pero no tenían que entrar en ésta para llegar a la mansión de los Millard, en una colina inmediata. Se desviaron en una bifurcación de caminos marcada por un poste con dos tablones, hacia la derecha, empezando luego a subir la pendiente hacia el sólido, macizo edificio salpicado de luz que fue repentinamente visible tras una hilera de árboles.

Alan Millard suspiró, retrepado en el asiento del vehículo. Todo aquello

que le rodeaba le era profundamente familiar. Pese a que últimamente lo había visto muy poco, llegó a añorarlo durante sus años de estudios. Ahora, se sentía feliz al regresar. Siempre le había parecido un lugar triste y aburrido. Pero al estar lejos de Abbeyville, supo apreciar sus virtudes mucho mejor. Era un sitio tranquilo y amistoso, sin hipocresías ni falsedades. La gente era tal como realmente deseaba ser. Y eso era algo que, estando lejos de allí, se sabía valorar en su justo sentido.

La gran ciudad era diferente. Demasiados intereses, demasiada ausencia de solidaridad, ausencia de auténtico espíritu de amistad o camaradería. Pero allí se obtenían los títulos. Allí se hizo abogado. Ahora abriría su bufete en Abbeyville.

Y esperaba llegar a ser tan importante en su profesión como lo fuera su tío Spencer o su abuelo Ralph. Demostraría a todos que él era un Millard, y que su padre fue solamente un caso aislado en la familia. No todos los Millard, aunque llevase él la sangre del alegre e irresponsable Arthur, iban a ser de allí en adelante artistas de teatro y trotamundos, capaces de enamorarse de una actriz, una cantante o una vulgar ramera, y terminar muriendo de una borrachera en cualquier lugar de la costa, lejos de los suyos, dejando un hijo legalmente reconocido, pero sin madre alguna, puesto que la autora de sus días había seguido su vida bohemia, sin volver a reclamarlo ni preocuparse por él.

Alan Millard era el hijo de ese Millard hecho actor, alcohólico y trotamundos. Hijo también de una mujer a quien ni siquiera recordaba, salvo que era rubia, delicada y hermosa, aunque también bebía y escandalizaba con su padre, por aquellos teatros de mala muerte que recorrían en sus giras.

Había costado mucho superar ciertas cosas. A la muerte de su padre, Arthur Millard, tía Kathryn se hizo cargo de él. Le intentó dar una vida muy diferente. Le enseñó a leer, a estudiar, a ser un caballero. Luego, le envió a iniciar una carrera. Y había respondido. Tía Kathryn estaría orgullosa de él ahora. Volvía a casa convertido en un abogado. Un hombre de bien, como ella quería. El mal recuerdo de la oveja negra familiar, quedaba atrás.

Arthur Millard, el díscolo, el aficionado al teatro, a las mujeres equívocas y al alcohol, quedaba atrás definitivamente. Tal vez para desesperación de su primo Jason, que había soñado ser el único Millard digno de tal nombre y del amor y protección de Kathryn. Ella, pese a ser su madre, parecía sentir por él menos cariño que por su sobrino Alan. Entre otras cosas, quizá porque no lo merecía tanto.

Jason Millard era un caballero, pero sólo en apariencia. Era jugador, pendenciero y mujeriego. Había terminado su carrera de médico, y era cinco años mayor que Alan. Pero eso era todo. No le gustaba su carrera, no sentía espíritu de auténtico médico, y era tan intolerante como orgulloso. Su madre le quería, porque a fin de cuentas era hijo suyo, pero ahí terminaba todo. Ahora, .las ilusiones de la señora, se centraban única y exclusivamente en su sobrino Alan. Confiaba en que él no la defraudaría, pese a la mala fama que

suponía en un sitio como Abbeyville ser hijo de Arthur Millard y de una desconocida corista de vaudeville. Eso enfurecía a Jason. Y no podía culparle por ello. Tal vez la herencia de la señora Millard tuviera parte de culpa en los sentimientos de su hijo.

Se decía que era la primera fortuna de la región, por encima incluso de los Randsome, y tal vez fuese cierto.

Alan cerró los ojos, con una vaga sonrisa flotando en sus labios, mientras pensaba en todo eso, el carruaje rodaba por el sendero casi perezosamente, dando frecuentes brincos en las irregularidades del terreno.

De repente, el grito agudo del cochero, sobresaltó a su viajero:

—¡Noooo! ¡Cielos, no, no haga eso! ¡Criatura de Dios, espere...! ¡Quieto, «Rayo»! ¡No te encabrites, «Trueno»!

Los dos caballos relinchaban. Evidentemente, los nombres de «Rayo» y «Trueno» correspondían a ellos; El coche osciló, crujiendo sus ballestas y chirriando sus altas ruedas, sin duda a punto de caer de lado. Alan cayó del asiento, aferrándose a los tiradores de las portezuelas y golpeando el acolchado del interior, mientras un grito agudo de mujer sonaba en el exterior, el carruaje penetraba dando tumbos entre los arbustos, y los animales de tiro levantaban chispazos de las piedras con sus cascos.

—¿Qué ocurre? —voceó Alan, intentando recuperar el equilibrio.

—¡Esa mujer, Dios mío! —Oyó gritar al cochero—. ¡He debido matarla! ¡Ella misma se arrojó bajo el carruaje...!

Alan no respondió nada. Apenas se hubo detenido en parte el vehículo, abrió una portezuela y salió al exterior, sin importarle que sus piernas se hundieran hasta los tobillos en charcos de agua y fango disimulados entre los matorrales. Corrió hacia el sendero que habían dejado atrás, mientras el cochero dominaba sus caballos y trataba de ir tras él a la carrera, para ayudarle.

El cuerpo yacía en medio del sendero. Era una mancha clara, a distancia, como un bulto sin vida. Alan, jadeante, cayó de rodillas junto a él. Lo giró, cuando ya la luz del fanal del carruaje, en manos del cochero, oscilaba en la noche, aproximándose a él y dando una tenue claridad amarillenta a la escena.

Ciertamente, era una mujer. Y una mujer joven, de cabellos claros. Estaba pálida como una muerta, y yacía inconsciente, manchada de barro y de sangre. Unos surcos sanguinolentos rasgaban su rostro y frente, junto a la sien izquierda. Vestía de color amarillo limón, y parecía una joven de posición relativamente buena, a juzgar por el tejido de que estaba confeccionado su vestido, la calidad de los encajes y otros detalles, como el camafeo de oro orlado de perlas, y el anillo de oro también, en una mano frágil y delicada, portando en su centro un brillante de relativo valor.

Alan Millard no era un experto en ropa femenina ni en joyas, pero sí un observador agudo, y eso no podía pasársele por alto, ni mucho menos. Se volvió al cochero, que se inclinaba junto a él, sobre la joven.

--¿La conoce? —preguntó.

—Dios me asista, si es ella... la señorita Sontag... —oyó musitar al hombre.

—¿Sontag? ¿Quién es ella? Nunca oí ese nombre aquí... —dijo Alan, alzando en sus brazos a la desconocida, tras auscultarla, aplicando su oído al seno izquierdo de la joven, cuya turgencia suave y dura tuvo en contacto con su oreja a través del fino tejido amarillo—. Vamos, llevémosla a casa. Aún vive. Jordan la asistirá.

—Sí, señor... —se apresuró a ayudarle el cochero, al tiempo que explicaba —: Los Sontag llevan sólo dos años aquí. Ella es Muriel Sontag, la hija menor. La mayor es viuda... y viven ambas con su padre también viudo, el señor Abbe Sontag. Son de origen alemán, creo. Pero llevan años en el país. Ellas nacieron en los Estados Unidos. Pobre señorita Sontag... ¿Por qué haría eso?

—¿Se tiró realmente ante el coche? ¿No fue un accidente? —se interesó Alan, depositando a la inconsciente joven sobre todo lo largo del asiento, y situándose él enfrente, en otro plegable, individual, para cuidar de ella.

—No, no lo fue. Puedo jurarlo, señor —insistió, patético, el cochero, subiendo al pescante con rapidez—. Apareció de repente en el camino, miró directamente hacia el coche y los caballos... y no hizo nada por evitarlo. Parecía dispuesta a ser arrollada.

Como... como...

—¿Como si quisiera suicidarse? —completó Alan, ante las dudas de él.

—Pues... sí, señor —el carruaje estaba ya rodando, de vuelta a! sendero, para dirigirse con toda rapidez hacia la casa de la colina—. Eso es lo que pensé... pero ¿qué motivos puede tener para algo así una joven bonita y de buena posición social y económica como la señorita Sontag?

—Eso, nunca se sabe —declaró pensativamente el joven Millard, la mirada perdida en el vacío—. Apresúrese cuanto pueda. Está con vida, pero puede sufrir lesiones interiores que precisen lo antes posible de atención médica. Y, a fin de cuentas, mi primo Jason es médico...

No se habló más. El carruaje devoró la última parte del trayecto, hasta llegar a Green Meadows, la mansión de la colina.

Alan Millard había llegado a casa por fin. Con su título de abogado, y con una sorpresa inesperada para sus familiares: una mujer inconsciente, herida, quizá en peligro. Una presunta suicida joven y hermosa a quien veía por vez primera...

* * *

—Me siento orgullosa de ti, Alan. Sabía que lo conseguirías. Que volverías convertido en un abogado, en un hombre de porvenir...

—Eso ya lo veremos, tía Kathryn. De momento, confórmate con que vuelva con el título —rió Alan Millard—. Luego, todo depende de lo bien que se me dé la defensa de los intereses de mis clientes.

—Sé que triunfarás. Siempre estuve segura —afirmó Kathryn con energía, sacudiendo la cabeza. Y con disgusto, se volvió, buscando algo con la mirada —, ¿pero dónde se ha metido Jason? Esa chica necesita atención lo antes posible...

Una puerta se abrió. Apareció Jason Millard, el primo de Alan. Alto, delgado, frío y distante como siempre. Vestido de gris todo él. Serio, inexpresivo. Con un maletín en su mano.

—Ya estoy aquí, mamá —dijo secamente—. Necesitaba mis instrumentos para atender a la paciente. No tengo aquí consulta, tú lo sabes. Esto es irregular.

—Irregular o no, tienes que atender a esa joven -le cortó su madre fríamente—. Es una emergencia, bien lo sabes.

—Sí, claro —sus ojos, tan grises como sus ropas, se fijaron un momento con displicencia en su primo Alan—. Ya has venido con problemas a cuestas, ¿eh, primito?

—Di más bien que Abbeyville me recibió con problemas suyos, Jason —fue la irónica respuesta de Alan—. La señorita Sontag es conciudadana tuya, no mía aún. Y la encontré a mi llegada. En vez de hablar, deberías ir a atenderla. Se supone que es la obligación moral de todo médico: lo primero, el paciente. Cada segundo perdido, puede ser precioso. Piensa que cayó bajo los cascos de los caballos. Puede haber alguna lesión interna de gravedad.

—¿Quién es el médico? ¿Tú o yo? —replicó con sarcasmo Jason, cruzando la sala.

—Eso me preguntaba al oírte parlotear, Jason —rió duramente Alan—. ¿Quién es el picapleitos? ¿Tú o yo?

Un portazo marcó el mutis airado de su primo. Alan no dijo más, pero su tía Kathryn rió, apretando el brazo de su sobrino para comentar divertida:

—Sospecho que nos vamos a divertir, Alan querido. Mi hijo sigue siendo tan insoportable como fue su padre. A veces hubiera deseado tener un marido como tu padre. Al menos, él fue feliz mientras vivió, e hizo la felicidad de los que le rodeaban.

Jason es un amargado. Un intolerante. Se cree perfecto, y odia las imperfecciones. Pero como médico, yo me quedaría con Benjamín Holm.

—¿El viejo doctor? Tía, eres cruel...

—Lo sé. No me gusta serlo, pero Jason merece tener una madre cruel. Tal vez eso le salve a tiempo. O termine de hundirle, no sé. Pero cuando menos, espero que alguna vez le haga reaccionar de alguna forma positiva. Aunque no sé cuándo...

—Tía Kathryn, ¿conoces tú a los Sontag? —preguntó de repente Alan, que parecía preocupado por algo.

—Por supuesto -asintió ella, frotándose la barbilla con sus impertinentes de oro—. Esa chica es una de los Sontag. ¿Te interesa acaso?

—¿Quién? ¿La familia Sontag?

—No. Ella. La chica —dijo cáusticamente su tía.

—No la conozco de nada. Pero el hecho de que cayese atropellada por el coche, de que pueda haber sido un intento de suicidio... me ha intrigado y preocupado.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. Los Sontag tienen poca relación con los demás.

Las chicas son americanas, pero su padre es europeo y tiene ciertas ideas especiales sobre las relaciones sociales. Tal vez esté en lo cierto, no se lo discuto. Pero viven un poco al margen de la comunidad. Sin embargo, nadie habla mal de ese hombre, Abbe Sontag. Sus hijas Abigail y Muriel son también apreciadas en Abbeyville. Una es viuda, y la otra... ya la conoces. Soltera, bonita, al parecer inteligente... No, no lo entiendo muy bien, la verdad.

Esa chica no tiene motivo alguno para intentar matarse.

—¿Crees que alguien pudo empujarla bajo el coche? Tu cochero no parece opinar igual...

—¿Henry? No te fíes mucho de su vista. A veces bebe demasiado. Pero no me imagino tampoco a nadie empujando a Muriel bajo un carruaje. Y no porque no tengamos un asesino en la población, pero...

—¿Eh? ¿Qué has dicho, tía? —Se volvió vivamente Alan hacia ella, con sobresalto—. ¿Un asesino, has dicho? ¿En Abbeyville? Bromeas, supongo...

—Me gustaría bromear, sobrino. Pero existe ese asesino, por desgracia para todos. Y además, mató a una muchacha...

—Pero... pero eso no tiene sentido. Aquí nunca hubo nada parecido...

—No, nunca. Es la primera vez, que yo sepa. Pero ha ocurrido. Una mujer ha sido asesinada. Una pobre modista, empleada de la señorita Thorpe. La estrangularon anoche, camino de su casa.

—Cielos... —Alan paseó por la bien iluminada estancia de Green Meadows—. Me dejas sorprendido, tía. ¿Se sabe quién pudo hacerlo?

—No, en absoluto. El comisario Summer está investigando el asunto. El juez Rattigan lleva el sumario. Pero no se sospecha de nadie en concreto. La chica no tenía novio ni la cortejaba nadie. Tampoco tenía enemigos. Era una muchacha algo lisiada, coja en concreto. Debió de serle muy fácil al asesino darla caza, camino de su casa, estrangulándola. Sucedió de noche, tras terminar su trabajo en la tienda de modas. No hay pistas, al parecer. Y nadie estaba en las cercanías cuando sucedió. Luego, la lluvia borró toda posible huella.

—Entiendo —asintió gravemente Alan. Se detuvo ante el gran espejo situado encima de la chimenea de mármol, y meditó con la cabeza baja—. Sí, puede que intentaran asesinar a la chica. Eso, lo sabremos cuando vuelva en sí... si hay suerte.

Su tía no dijo nada. Se aproximó a un lado del salón y accionó el cordón de la campanilla de servicio. Momentos después, entraba en 1a sala una doncella de cabellos rojizos, ojos algo saltones, rostro de cierto atractivo, unos veintiocho a treinta años, y un busto impresionante, ceñido dificultosamente

por el raso negro de su uniforme de doncella, sobre el que destacaba el almidonado de su blanca cofia y delantal.

—¿Llamaba, señora? —preguntó respetuosamente, sin que pudiera evitar que sus pupilas se fijasen en el alto, arrogante y bien vestido joven que acompañaba esa noche en el salón a la dueña de la casa.

—Sí, Maisie —afirmó Kathryn Millard—. Prepara la mesa para mi sobrino, el señor Alan Millard. Acaba de llegar de un largo viaje y está cansado. Aunque es ya tarde y todos hemos cenado, él debe tomar algo. Ah, y sírvele el mejor vino de nuestra bodega. El es un gran catador de buenos caldos, Maisie.

—No, no —rechazó Alan vivamente—. Me agobia su grandiosidad. Prefiero que me sirvas en el gabinete, ante el fuego. Dentro de una media hora, por favor.

Maisie asintió, dirigiéndole una mirada algo provocativa, curvó sus labios gordezuelos en una sonrisa, y salió en silencio. Su tía le miró sorprendida.

—¿Media hora? —preguntó—. Son ya las diez. Alan. ¿No será una cena demasiado tardía?

—No podría tomar nada, sin saber qué le ocurre exactamente a esa chica, tía Kathryn.

Estoy preocupado por ella. Todo lo sucedido esta noche, unido a ese crimen de ayer, es muy extraño...

—Tienes razón. Pero no deberías atormentarte con ello. Solamente acabas de llegar, querido Alan, y no me gusta verte con preocupaciones. Esperaba tan ansiosamente el momento de tenerte aquí, junto a mí..

Y la señora Millard aferró con cariño las manos de su sobrino, oprimiéndolas cálida y afectuosamente. Sus límpidos ojos azules se clavaban en el joven y flamante abogado, con una mezcla de cariño maternal y admiración femenina.

—Eres adorable, tía Kathryn —sonrió Alan, enternecido.

—Tú eres magnífico —aprobó ella, con ojos centelleantes—. El muchacho más guapo e inteligente del mundo.

—No digas nunca eso delante de Jason. Aparte de no ser cierto, tía, podrías despertar nuevamente sus viejas envidias de niño.

—A Jason no hace falta despertarle malos instintos de ninguna clase. Los tiene todos, y bien espabilados.

—Eres dura con él, tía Kathryn.

—Lo soy con razón. A una madre nunca le gusta decir cosas así de su hijo, Alan. Pero él no merece otra cosa. ¿Sabes que hace poco casi dejó morir a una mujer, sin atenderla, sólo porque ella tuvo un hijo siendo soltera? A no ser por el doctor Holm, hubiese muerto. Aun así, perdió el hijo y ella misma ha quedado bastante mal. Ya no podrá volver a ser madre. Todo, por culpa de Jason. ¿Quién ha creído él que es? ¿El ángel del Señor en Abbeyville? Es malo, Alan. Malo y cruel. Parte por culpa suya, por su propio instinto. Y parte, por culpa de Jezabel Crandall.

—¿Jezabel? Un nombre muy significativo...(1) ¿Quién es ella?

—Justamente la clase de mujer que corresponde a tal nombre, Alan. Pero ni siquiera es como el personaje bíblico. No es una pecadora, sino alguien que odia a las que pecan, y las señala con dedo rígido y acusador. Es una fanática religiosa. Hermosa, rica, inteligente... pero puritana y despiadada con las debilidades de la carne. Ella es la prometida de Jason en la actualidad. ¿Entiendes ahora, Alan?

—Sí, lo veo muy claro —asintió sombríamente el joven.

Iba a añadir algo más, cuando la puerta del salón se abrió. Ambos giraron la cabeza.

Jason Millard entraba lentamente, con la cabeza baja, el maletín colgando de su mano fláccidamente. Parecía bajo los efectos de una fuerte impresión.

—¿Y bien? —preguntó con un hilo de voz su madre, acudiendo hacia él—, ¿Cómo está la muchacha? ¿Ha vuelto en sí? ¡Habla de una vez!

—Sí, madre —dijo sombríamente Jason, alzando hacia ella un rostro pálido y unos ojos nublados—. Ha vuelto en sí.

—¿Está... está fuera de peligro?

—Lo está. No morirá, si te refieres a eso.

—Dios sea loado, entonces ¿a qué viene esa cara, ese aspecto? —se irritó ella.

—Espera, tía Kathryn —terció Alan, ceñudo, avanzando rápido hacia su primo—. Jason quiere decirnos algo más. Ocurre algo, sea ello lo que sea, ¿no es cierto, primo?

—Sí —el médico miró a su pariente—. Ocurre algo... que nadie puede ya evitar.

—¡Termina, por el amor de Dios! —Le apremió su madre, angustiada—, ¿Qué sucede?

—Es ella... esa joven —suspiró Jason Millard—. Ha vuelto en sí, está a salvo... pero no ve. Ni verá. Se ha quedado ciega...

CAPITULO III

Alan Millard se detuvo en la puerta. Miró al interior. No se atrevió a dar el siguiente paso. Se limitó a contemplar el cuerpo tendido bajo las lujosas ropas del lecho.

Un quinqué de gas ardía con llama que un globo de vidrio convertía en luz rosada, junto al lecho. Ella lo miraba con ojos muy abiertos. Sin verlo. Respiraba pausadamente.

Tenía extendidas sus manos sobre el embozo.

Finalmente, Alan se decidió. Entró en la alcoba. Caminó hacia el lecho. Ella levantó sus ojos hacia él. Miró a un punto indefinido. Parecía buscarle en vano.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Es el doctor nuevamente?

—No —negó con lentitud el joven—. No soy el médico. Soy su primo Alan Millard. He subido a vería, señorita Sontag. Ya han ido a avisar a su madre y hermana.

—Dios mío... —cerró los párpados con un suspiro. Pero evidentemente, para ella era igual tenerlos abiertos que cerrados. Volvió a mirar al vacío—. Esto... esto no es pasajero, ¿verdad? Realmente... estoy ciega.

—Se ha golpeado al caer ante el carruaje. No resulta raro que a veces se pierda parcialmente la visión durante unas horas. Recibió varios de esos golpes en la cabeza, y es como si estuviera en shock aún... También vendrá el doctor Holm. El tiene más experiencia. La examinará atentamente.

—¿Qué importa eso ya? —se encogió ella de hombros amargamente—. Lo cierto es que ya nada ni nadie va a devolverme la visión. Estoy ciega... para siempre. Para el resto de mi vida. Oh, Dios mío, ¿por qué no moriría, en vez de salvarme?

Alan la contempló en silencio. No se atrevió a replicarle. Pero las palabras de ella le recordaron algo que aún no estaba lo bastante claro.

—Señorita Sontag: ¿qué sucedió, realmente? ¿Se cayó usted, la empujó alguien bajo las ruedas del coche...?

—Ni una cosa ni otra —fue su temida respuesta—. Me tiré yo.

Alan apretó los labios. No supo qué decir de momento. Tras una duda, apuntó:

—Intento de suicidio... Pero ¿por qué esa locura?

—Tenía mis motivos. Eso debe bastarle. Ya no quería vivir.

—Nunca se debe decir eso. Y menos cuando se es tan joven, tan bella como usted lo es... La vida es un don demasiado preciado para tirarlo a los pies de unos caballos despectivamente.

—Yo tengo motivos para pensar de distinta forma, créame. Esto... esto de ahora no me había pasado por la imaginación. Pero no niego que quizá lo merezca. Es un castigo del Señor. Quise perder la vida... y la conservo. Pero sin ojos, sin luz...

—No hable así. Ya le dije que puede ser momentáneo. El doctor Holm la examinará...

—No conseguirá nada. Sé que no hay solución. Esto es la ceguera. ¿Para qué hacerse falsas ilusiones?

Alan la contempló. Bella, delicada, de suave hermosura, de terso rostro oval, de hermosos ojos claros, ahora vacíos de luz y de vida. Tenía heridas y señales en el rostro, la frente, el cuello y el inicio de sus blancos y redondos senos, visibles en parte por los desgarros de su vestido color limón.

—Supongo que no va a decirme por qué odiaba tanto el seguir con vida —musitó.

—No —negó ella con la cabeza, tras un estremecimiento—, No voy a decírselo.

—Respeto su silencio. Pero quizá el juez quiera saberlo también. A él tendrá que revelárselo. Ya sabe que los suicidas suelen ser recluidos por un tiempo en un establecimiento psiquiátrico para su examen... Aunque quizá en su caso, mientras siga como ahora, eso no se lleve a efecto...

—Nada me asusta ya, señor Millard —suspiró ella. Trató de fijar en él sus ensombrecidas pupilas—. De todos modos... gracias por todo. ¿Usted me trajo aquí?— El cochero y yo —sonrió Alan—. No pudimos evitar el atropello, pero cuando menos, lo intentamos todo por ayudarla...

—Gracias otra vez —levantó inesperadamente su mano, la agitó en el aire, y Alan se apresuró a tomarla suavemente en la suya, oprimiéndola. La notó helada, pero ella le apretó también con cierto calor y simpatía—. Me gustaría verle.

—Me verá, estoy Seguro —suspiró el joven Millard—. No puede ser de otro modo.

Dios no es tan cruel, aunque Sus criaturas cometan errores imperdonables. La veré más tarde, señorita Sontag. Ahora, descanse. Su familia está al llegar.

De los ojos sin luz, resbalaron lentamente dos lágrimas. Observó que se estremecía, como si la mención de sus parientes la asustara. ¿Eran ellos, acaso, la causa que la empujó bajo las ruedas del carruaje aquella noche?

Salió de la estancia, pensativo. Se detuvo ante la amplia escalera descendente, cuando abajo sonaron voces airadas. Una era de su tía. La otra, de su primo Jason.

—¡No puedes hablar así, Jason! —gritaba ella, destemplada—. ¡No es posible que un hijo mío sea tan vil!

—Lo siento, madre. Tengo mis ideas al respecto. No atenderé en absoluto a esa joven.

Ella pecó gravemente contra el Señor al intentar matarse. Ahora, es una mujer inválida.

¡Se ha quedado ciega! Y una mujer ciega, es una inutilidad, un ser imperfecto y marginado. Su ceguera no es momentánea, sino definitiva. No atenderé a la paciente en esas condiciones. Detesto atender a personas inválidas o lisiadas. Todas ellas son algo que sobra en la Humanidad. Cuanto

antes desaparezcan tanto mejor, ¿entendiste, madre?

Y cerró de un portazo, alejándose. Alan oyó un ahogado sollozo en labios de su tía Kathryn. Sacudió la cabeza el joven abogado, preguntándose si era posible que hubiera oído aquellas monstruosidades en labios de un médico.

Pero de ello no había ninguna duda. Jason había hablado así. Jason despreciaba a las personas lisiadas o inválidas, como si en vez de un médico fuese un fanático de la perfección. ¿Eran ésas sus ideas propias, o hablaba por boca de su prometida Jezabel?

Fuese como fuese, le resultó repulsivo. Y malvado.

Y empezó a comprender la crueldad de su tía con el propio hijo.

* * *

—¿No pueden aclararme nada al respecto, señor Sontag?—No, en absoluto, comisario —negó rotundamente el hombre alto, fornido y rubio, ya medio calvo y salpicado de canas, pero aún vigoroso y erguido, inexpresivo su rostro de fuertes facciones germánicas—. No sé nada de nada. La acción de mi hija menor resulta totalmente inexplicable para mí.

—¿Y para usted, señora? —Indagó el comisario Summer, volviéndose a Abigail Sontag, la mujer alta y rubia, de gran semejanza con su hermana menor Muriel, pero también con su padre, Abbe Sontag—. ¿Tampoco sabe nada sobre esas razones que movieron a su hermana a adoptar tan desesperada decisión?

—No, claro que no —se apresuró a negar la viuda, aunque Alan hubiera jurado que, en el caso de ella, una levísima vacilación alteró por un instante su voz, como si hubiera estado a punto de decir algo diametralmente opuesto —. Mi hermana Muriel es muy sensible y nerviosa. Pero jamás dio motivos para pensar en algo tan terrible.

—Sin embargo, lo hizo. Y no lo niega —suspiró el joven comisario Summer, apuntando algo en un librito de tapas de hule—. Una muchacha de su edad, belleza y posición social y económica, ha de sentirse muy desesperada para intentar algo así.

—O ser muy poco estable y demasiado emotiva —cortó fríamente su padre —. Eso es lo que le ocurre a mi hija menor. A veces sufre depresiones, momentos de gran decaimiento por motivos fútiles, sin trascendencia alguna. Cierto que nunca intentó nada parecido, pero... siempre hay una primera vez.

—Sí, entiendo —asintió Randolph Summer, pensativo. Se golpeó la barbilla con la punta del lápiz, cuando hizo una brusca pregunta al jefe de familia de los Sontag—: ¿Ella es feliz en casa? ¿No tienen problemas familiares?

Abbe clavó fríamente sus ojos claros en el comisario de Abbeyville. Apretó los delgados labios con tal fuerza, que formaron una línea prieta y recta. Luego, negó con un brusco movimiento de cabeza.

—En absoluto —su tono fue glacial—. Somos una familia corta y bien

avenida. Mi hija mayor, Abigail, enviudó hace un año. Su esposo, Clark Benson, era un americano como ella misma. Yo soy alemán de nacimiento, aunque nacionalizado americano, y aquí tuve a mis hijas. En mi casa hay rigidez, severidad en algunas cosas, pero jamás violencias, hostilidad o trato discriminatorio para nadie. No existe el menor motivo en ese terreno, comisario, para que mi hija intentase quitarse la vida,

—Perdone si la pregunta fue inoportuna, pero buscaba un motivo, el que fuese, y por insignificante que pudiese parecer. Porque su hija Muriel no tiene novio, ni relación amorosa alguna que pudiera haber sufrido una crisis, forzándola a...

—Rotundamente, no —sostuvo enfático el cabeza de la familia Sontag—. Muriel es una joven que se dedica totalmente al estudio de la música, las Artes y la literatura en su hogar. Hace labores, tiene amistades en la vecindad, pero eso es todo. No tiene novio ni lo tuvo antes. No hay borrascas amorosas en su vida. Aún no, comisario Summer.

—Entonces, lo ocurrido anoche no tiene el menor sentido, señor Sontag.

—Ya le dije que es extremadamente sensible y propicia a las depresiones. Además, ¿por qué no le pregunta a ella? Nadie mejor para dar respuesta a ciertas cuestiones, ¿no le parece?

—Sí, pero ella se niega a darnos una respuesta. El doctor Holm acaba de hablar con ella ampliamente. También la señora Millard y su sobrino Alan. A todos dice lo mismo: no tiene nada que revelarles. Es asunto suyo.

—Entonces... —Abbe Sontag hizo un brusco encogimiento de hombros—. Comisario, ¿qué ha dicho el doctor Holm de su último examen a la enferma? Eso es lo que más me interesa ahora.

—Siento ser pesimista, señor. Pero la lesión parece existir. Está ciega, y no se advierte el menor proceso de recuperación. Es evidente que... no volverá a ver. Aunque el doctor Holm insiste en hacerle algún otro examen posterior, de momento se muestra escéptico sobre el resultado de todo ello.

—Entiendo. Debemos aceptar la verdad crudamente —manifestó Abigail —. Mi hermana ha perdido definitivamente la visión...

Summer no dijo nada. Inclinó la cabeza y apretó los labios con fuerza. Su voz sonó ronca:

—Sé lo que sienten. Algo parecido me ocurrió a mí... el día que mi esposa cayó por la ladera del río... y se quedó paralítica, sentada para siempre en una silla de ruedas... Y eso sólo cuando tenía veintiséis años...

Nadie habló en la sala. El comisario se incorporó, alejándose su delgada y alta figura hacía otro punto de la casa de los Millard.

—No le molestaremos más —suspiró Abbe Sontag, incorporándose y dirigiéndose a Kathryn Millard—. ¿Podemos llevarnos hoy mismo a mi hija?

—El doctor Holm no es partidario de ello aún. Dice que será mejor conducirla a Abbeyville e internarla dos o tres días, para observación, en el hospital que él dirige en la población. Así la tendrá bajo sus atenciones directas, y estudiará detalladamente el proceso de la ceguera. Luego, podrá ir

con ustedes.

—¿Mi hija Abigail puede quedarse con ella algún tiempo? —preguntó Sontag con voz ronca.

—Supongo que no habrá problemas para eso —suspiró la tía de Alan—. Yo misma se lo pediré al doctor. Abigail podrá estar, sin duda, un buen número de horas diarias junto a su hermana.

—Es muy amable, señora Millard —estrechó con firmeza la mano de ella y de Alan—. Mi gratitud por todo cuanto han hecho por Muriel. Especialmente a usted, señor Millard.

Me han dicho que es quien la trajo hasta aquí sin perder tiempo, y la hizo examinar por su primo, el doctor Millard. A todos mí agradecimiento sincero.

Pero Sontag decía las cosas con tal frialdad y ausencia de emoción, que a Alan le quedó la duda de si, realmente, sentía lo que manifestaba, o todo formaba parte de un vago y estricto formulismo de buena educación, y nada más.

Cuando se despidió de Abigail Sontag, la viuda señora Benson, tuvo de nuevo la impresión de que los claros ojos de ella se fijaban en él con aquella indefinible expresión que captara al ser preguntada por el comisario Summer sobre ¡os posibles motivos que indujeron a Muriel al suicidio.

—Adiós, señor Millard —dijo ella, cuando él besó su mano respetuosamente. Y notó Alan que los dedos de ella apretaban significativamente su mano—. Bien venido a Abbeyville. Espero que nos veamos por aquí...

Se alejó sin añadir más. ¿Era una velada cita en alguna parte y hora sin concretar lo que ella había insinuado con sus palabras? La mirada de Abigail le había parecido insinuar algo así.

De algo empezaba a estar casi seguro Alan Millard: ella sabía por qué intentó matarse su hermana. Pero no se atrevía a revelarlo.

* * *

—De modo que piensa establecerse en Abbeyville...

—Sí, comisario. Mi tía quiere que instale mi bufete aquí.

—Hace bien. Solamente tenemos un abogado en la ciudad, el viejo Jordan. Y está ya a punto de retirarse. Tendrá clientela, eso seguro. Y más siendo un Millard.

—No quiero un prestigio ni una clientela por mi apellido, sino por mis aptitudes profesionales —sonrió Alan, meneando la cabeza y apurando su vaso de bourbon. Luego hizo un gesto al comisario Summer—.¿Otro más, comisario?

—Bueno, el último —aceptó el comisario. Se volvió al cantinero, añadiendo—: Pero esta vez pago yo, señor Millard. Ya oíste, Carter: dos bourbons por mi cuenta.

—Está bien —suspiró el cantinero de buena gana—. Me gusta que mis

clientes sepan hacer honor a mi whisky. Es de lo mejor que se hace en Kentucky.

Ambos sonrieron, mientras Drury Carter, el cantinero, les servía dos nuevas dosis de bourbon. Alan Millard habló tras alzar su vaso en señal de brindis, antes de tornar un trago:

—No me llame así, comisario —dijo—. Somos viejos amigos todos en Abbeyville. El hecho de que haya obtenido mi título de abogado en Boston, no significa nada especial.

Sigo siendo el mismo Alan Millard, el hijo del alegre y desvergonzado Arthur Millard, el hombre que no quiso ser un caballero.

—Arthur fue un gran tipo —rió el comisario de buen humor—. Muchos daríamos algo por ser capaces de hacer lo que hizo él. Pero nos falta valentía para romper con los prejuicios y ataduras de una sociedad asfixiante, ésa es la pura verdad. Gracias por decirme eso, Alan. Para usted, yo también soy algo más que el comisario actual de Abbeyville: soy el mismo Dick travieso y bribón que jugaba con los chicos como usted.

—El mundo es igual para todos, Dick Todo depende de que sepamos acercarnos unos a otros lo suficiente para compartirlo sin barreras... —tomó otro sorbo de bourbon, luego, cambió de tema y preguntó curiosamente—: ¿Hay algo nuevo sobre ese crimen?

El rostro de Dick Summer se nubló ostensiblemente. Era como mencionar la soga en casa de! ahorcado. Torció el gesto y meneó negativamente la cabeza.

—No, nada —suspiró—. Parece algo imposible. Alan. En esta población, donde casi todos nos conocemos... Una muchacha como Gladys Oakley, sin enemigos, sin problemas pasionales, sin nada que justifique su muerte...

—¿Ni una pista, ni un indicio?

—Nada de nada. Es endiabladamente difícil. El doctor Holm era su médico. Es el que le hizo la autopsia. Su... su primo Jason es muy especial. Ni quería ser médico de chicas como Gladys, ni le gustaba hacer autopsias. Por eso el viejo Holm es aún nuestro forense.

—¿Qué quiere decir con eso de que no quería ser médico de chicas como Gladys?

—Bueno, ella... era coja. Una cojera no muy acentuada al caminar, pero bastante ostensible al correr o ir de prisa. Su primo tiene una especial aversión a los lisiados, ¿no lo sabía?

—Algo había oído sobre eso —Alan arrugó el ceño—. No sé por qué se hizo médico. No sirve para ello. No tiene sensibilidad ni ternura.

—Tal vez no todo sea culpa suya. Creo que alguien le influye negativamente...

—¿Jezabel Crandall?

—Veo que ya sabe mucho más de lo que imaginaba —murmuró Summer, moviendo la cabeza—. Sí, ella es más culpable que él. Jason ha sido siempre un muchacho orgulloso y lleno de prejuicios. Pero desde que se prometió a

esa joven...

—¿Ella también desprecia a los lisiados?

—Más que eso: los odia.

—Cielos... —Alan encajó las mandíbulas—. ¿Por qué? No tiene sentido...

—Lo tiene para una mente retorcida. Ella sufrió un accidente, siendo niña. Estuvo a punto de morir. Todo, porque una hermanita suya la empujó por un terraplén, jugando.

La hermanita era lisiada, apenas si sabía lo que hacía. Medio paralítica, algo retrasada... La odió tanto, que nunca más le habló ni la perdonó. La niña murió de pena. O eso se supone, aunque los motivos oficiales de su muerte fuesen su propia enfermedad degenerativa. Yo siempre he pensado que murió de pena. Y como yo, muchas otras personas. Ni aun después de muerta la perdonó Jezabel.

—¿Por qué? Si ella salió bien de la caída...

—No del todo —suspiró el comisario, apurando su bourbon lentamente, con mirada abstraída—. Tiene una mano... la izquierda... siempre vendada. Dicen que se le quemó en una fogata, al fondo del terraplén, y que causa horror verla. Pero lo cierto es que nadie la ha visto jamás, salvo el doctor Holm, que la atendió entonces. Y él nunca ha dicho nada.

—Extraña criatura la tal Jezabel... —meditó Alan Millard, pensativo—. Pero eso no exime de culpas a mi primo Jason.

—Yo prefiero disculparle, o no sería capaz de dirigirle el saludo. También se ha comportado igual con mi esposa...

—¿Su esposa? Oh, sí. Recuerdo que mencionó su accidente...

—Fue una caída de un caballo. Se produjo una lesión vertebral. Está inmóvil en una silla de ruedas. Mi pobre Valerie... Se negó a asistirla siempre. Por eso nuestro médico es el doctor Holm. Así es su primo, Alan.

—Empiezo a darme cuenta de ello —admitió sombríamente el joven abogado—. Dios le perdone, si ello es posible. No hay humanidad ni ternura en él. Poco puede hacer un médico en tal situación.

—Ejercerá por poco tiempo, estoy seguro. Jezabel tiene fortuna. Se casarán este año, según creo. Y abandonará la Medicina. Eso lo sabe todo el mundo.

—Tanto mejor —resopló Alan, ya encaminándose a la salida—. ¿Va hacia alguna parte en concreto?

—Sí, al depósito de cadáveres. Hoy es el funeral de la pobre chica, Gladys Oakley. ¿Quiere acompañarme?

—No me gusta mucho ver cadáveres. Pero mi idea es llegar a convertirme en abogado criminalista. Creo que debo ver a la pobre muchacha... y asistir también a su funeral.

—Yo también estaré. Es un deber moral, Alan. Pero también tengo una cierta idea. ¿Sabe cuál? He llegado a pensar que el propio asesino podría estar presente en esa ceremonia fúnebre...

CAPITULO IV

Había bastantes personas de Abbeyville en el funeral.

Para ser una oscura y humilde costurera de la señorita Thorpe, mucha gente había acudido a las ceremonias fúnebres que acompañaban la inhumación de los restos de Gladys Oakley.

No sólo la propia Janis Thorpe, llorosa y enlutada, sino el doctor Holm, el comisario Summer, el juez Stephen Rattigan, Sarah Oakley, la viuda madre de Gladys y un joven mozalbete de pelo rojo e hirsuto y facciones nerviosas e inquietas, cuyos ojos muy grandes y redondos se fijaban, saltones, en el féretro que iba a ser sepultado para siempre. Alan no le conocía de nada, pero se fijó inmediatamente en él y le llamó la atención su evidente nerviosismo e intranquilidad. Frecuentemente se humedecía los labios, mientras estrujaba las dos manos entrelazadas, casi histéricamente.

Se mantenía el joven desconocido algo alejado del resto de los presentes, medio oculto por uno de los árboles del cementerio local. Pero era obvio que, entre todos los asistentes al fúnebre acto, quizá era él la persona más impresionada y sensible a la circunstancia que allí les había llevado a todos.

Alan también estaba algo apartado, puesto que nada le relacionaba con la infortunada modista asesinada, salvo la curiosidad que le había llevado a contemplar su joven cuerpo rígido, allá en la pequeña Morgue local, antes de procederse a los trámites del entierro. La madre de la difunta era confortada por el comisario Dick Summer y el juez Rattigan simultáneamente. Los demás guardaban un tenso silencio en torno a la fosa, roto solamente por los sollozos ahogados de la señora Oakley y los lamentos entrecortados, de vez en vez, de la señorita Thorpe.

El reverendo Jonathan Elliott pronunció las palabras de ritual, y el féretro fue sepultado en medio de un pesado mutismo general. Luego, en silencio también, empezó el desfile de los asistentes, hacia la salida, tras una breve y silenciosa oración de la madre de la víctima.

Fue entonces cuando tuvo lugar el desagradable y violento incidente.

Hasta entonces, el joven de ojos saltones había permanecido medio tapado por el tronco del árbol, la vista fija en la tumba de Gladys Oakley. De pronto, abandonó ese refugio, para asomar por completo y murmurar entre dientes algo, con los ojos húmedos y las manos crispadas extrañamente, como en una crisis histérica.

Y en ese momento, le descubrió la señora Sarah Oakley.

Lo que siguió a continuación, jamás hubiera podido preverlo Alan Millard. Ni, posiblemente, ninguno de los presentes al acto funerario.

La mujer, como enloquecida, se fijó en el muchacho y una brusca alteración se produjo en ella. Transformando su gesto de dolor de momentos antes en otro de violenta indignación, comenzó a gritar, señalando con mano temblorosa al desconocido joven:

—¡Tú! ¡Maldito seas tú mil veces, Neil Olson! ¡Nunca debieron dejarte salir del hospital psiquiátrico de la ciudad! ¡Tú fuiste, loco estúpido! ¡Tú mataste a mi hija Gladys! ¡Tú apretaste su cuello hasta matarla...! ¡Ella lo sabía, ella temía que terminaras haciéndolo!

¡Asesino, asesino! ¡Capturadle y encerradle para siempre, ya que a los locos no se les suele ahorcar! ¡El mató a mi hija!

—Señora Oakley, serénese... —rogó apaciguador el comisario Summer, dirigiendo una mirada de preocupación al acusado, que ahora parecía encogerse, muy pálido, con expresión de intenso terror—. No hable así. Es muy grave lo que está diciendo...

—¡Juro que es la verdad! ¡Niel Olson está loco, siempre lo estuvo! ¡Eso lo sabe toda la ciudad! ¡Fue internado por ello!

—Pero eso no es motivo para acusarle tan seriamente, señora Oakley —trató de razonar el comisario—. El estuvo internado, es cierto, pero los médicos le dieron de alta y...

—¡Y pusieron en libertad a un loco asesino! —Insistió ella, forcejeando entre los fuertes brazos de Summer y del juez Rattigan—. ¡Yo juro que él es el asesino! ¡Mi hija

Gladys le temía! ¡La había perseguido varias veces, intentó asaltarla un día! ¡Ella me lo confesó, llena de terror! ¡Dijo que no parecía un hombre, sino una bestia!

—Señora Oakley, un momento —pidió serenamente el juez—. ¿Está segura de lo que está diciendo? ¿Ella le dijo eso?

—¡Sí, sí! —Insistió la viuda, sollozando, mientras miraba colérica al jovenzuelo—.

¡Gladys tenía miedo de él, estaba realmente asustada!

—¿Y fue perseguida, atacada por Neil Olson? —puntualizó Summer, ceñudo.

—¡Lo juro! ¡Ella llegó a casa llena de terror! ¡Dijo que leyó el deseo y la rabia en los ojos de ese maldito loco...!

—Su hija no fue violada, señora Oakley —le recordó el juez gravemente.

—No importa... Tal vez se asustó de lo que había hecho y huyó, al verla muerta entre sus manos... ¡Ese maldito maniaco es un peligro para todas las mujeres de Abbeyville! ¡Ha perseguido y atacado a otras, yo lo sé!

—¿Está dispuesta a mantener seriamente su acusación?

— ¡Sí, sí! ¡Lo estoy! ¡Yo acuso a Neil Olson del asesinato- de mi hija! —clamó con exasperación Sarah Oakley.

—Bien... —Rattigan miró significativamente al comisario—. Summer, proceda.

Arreste a ese muchacho ahora. Acusado momentáneamente de sospechas de homicidio...

—¡Nooo! —Chilló el muchacho, desorbitados aún más sus grandes ojos saltones, al ver venir hacia él a Summer—. ¡Yo no le hice nada, lo juro! ¡Yo nunca hubiera hecho daño a Gladys! ¡La quería demasiado para eso! ¡No

pueden arrestarme por eso!

—Cálmate, Olson —le pidió serenamente Summer, yendo hacia él—. Estoy seguro de que todo se pondrá en claro. Si eres inocente, no tienes nada que temer. Ven, te llevaré a mi oficina y...

—¡No, no! —Sollozó el acusado—. ¡No me creen, quieren encerrarme! ¡Me ahorcarán, sólo porque esa vieja histérica se obstina en acusarme! ¡No me cogerán vivo!

Y se precipitó a la carrera hacia la salida del cementerio. Alan Millard, pasivo testigo de todo, tal vez hubiera podido hacer algo, intervenir para arrestar al fugitivo, pero no lo hizo. Se limitó a presenciar la escena, quieto y en silencio. Summer emprendió rápida carrera tras del joven, dándole el alto y desenfundando un revólver negro y voluminoso, para dar más fuerza a su demanda.

Neil Olson desapareció tras la cerca del cementerio, corriendo como un gamo, con el comisario a sus espaldas. Este hizo un disparo al aire, pero ello no frenó al fugitivo, que pronto se eclipsó entre los árboles del cercano bosque.

La señora Oakley, derrumbada, lloraba amargamente entre los presentes al funeral.

Los ojos de Alan se cruzaron un momento con los de una mujer de severa apariencia y ropas gris oscuras, de unos treinta y cinco años, pálida y con peinado liso hacia atrás. Parecía obstinarse en mostrarse carente de todo atractivo femenino, pero todo ello no podía impedir que el vestido gris revelara unas formas difíciles de ocultar por completo. Era obvio que, pese a sus esfuerzos por disimularlo, la estirada dama poseía unos pechos robustos y generosos, así como unas nalgas de admirable rotundidad. Pero su gesto era agrio y frío. Sobre todo, cuándo elevó su voz algo chillona, para sentenciar con tono rígido:

—Siempre me temí algo así... Ese muchacho es un endemoniado. El mal anida en él. El vicio y la depravación presiden sus actos y sus gestos. Le he sorprendido muchas veces espiando a mis alumnas desde el otro lado de la cerca del jardín de recreo. Su modo de mirar a las chicas era obsceno y repugnante. Seguro que la señora Oakley tiene razón. Si el demonio anda suelto por Abbeyville, conviene exterminarlo de una vez por todas.

—Se le arrestará, esté segura —dijo el juez Rattigan, preocupado—. Pero el mirar a las chicas, por muy obscenamente que sea, no es un delito para ahorcar a nadie. Si no se prueba que es realmente el asesino de Gladys Oakley, no toleraré que por simple moralidad puritana e intolerante se castigue aquí a nadie, señorita Kerr.

—Claro, juez Rattigan —se apresuró a decir melifluamente la dama, con su mejor sonrisa—. Pero estoy segura de que ese muchacho es culpable. Pondría mi mano en el fuego por ello.

—Tenga cuidado, señorita Kerr —avisó fríamente la modista Janis Thorpe, con tono despectivo—. A lo mejor terminaría quemándose...

Y se apartó del grupo, con gesto de disgusto. Alan Millard se cruzó con ella un momento después. Señaló a la dama de gris y preguntó:

—Señorita Thorpe, ¿quién es ella?

—Faith Kerr, la maestra de Abbeyville —explicó la modista—. Una mujer reprimida y dura, para quien todo lo que signifique carne es pecado imperdonable. Tal vez sería ella la que desearía ser perseguida por Neil Olson o por cualquier otro hombre de la región...

Se alejó, sin añadir más. Alan Millard, contemplando a la rígida dama de ropas grises, sin poder evitar otra ojeada crítica a sus senos y nalgas, murmuró para sí:

—Vaya... Parece que el puritanismo está muy arraigado últimamente en esta población. Jezabel, ahora la señorita Kerr... y también me lo pareció el señor Sontag.

Demasiados puritanos, demasiados «cazadores de brujas» para un solo sitio...

El comisario Summer regresaba en ese momento de su propia cacería, con las manos vacías. Airado, declaró al juez Rattigan:

—Se me ha escapado. Ese endiablado Olson se conoce bien estos parajes. Por algo es el repartidor de provisiones de todas las casas y mansiones de la región. De todos modos, acabará siendo cazado. Voy a distribuir la orden de captura por todo el condado. No puede escapar, estoy seguro.

—¿Es, realmente, un enfermo mental? —se interesó Alan Millard.

—Sí, Alan, lo es —asintió el comisario—. Estuvo recluido. Pero nunca fue peligroso realmente. Me ha sorprendido esa grave acusación de la señora Oakley, y hay que aceptarla. De todos modos, sabemos que sigue y espía a las chicas jóvenes. Pero eso no es un grave delito. Veremos...

Todos dejaron atrás el cementerio silencioso, donde Gladys Oakley, la infortunada cojita asesinada, reposaría ya para siempre. Mientras su asesino seguía con vida y libre, pensó Alan Millard, sombríamente.

Pero ¿ese asesino era, realmente, el repartidor de viandas y provisiones, Neil Olson?

* * *

Oscurecía en el jardín del colegio cuando Sybil Kelly empezó a impacientarse por la ausencia de la señorita Kerr.

Cierto que había hecho méritos para sufrir el castigo, pero ya era demasiado tarde para continuar allí encerrada, entre las altas cercas del patio ajardinado de Abbeyville School.

Empezaba a hacer frío, la oscuridad crecía por momentos.

Dejó de hurgar en el césped, para ir a la puerta vidriera que comunicaba con el colegio, herméticamente cerrada en esos momentos. Dentro, se veía una tenue luz, allá en el despacho de la señorita Kerr. Pero ella no hacía acción alguna de ir en su busca.

Sybil Kelly golpeó los vidrios con sus pequeños puños. Aunque tenía ya casi catorce años, no se había desarrollado aún acorde con su edad, aunque sí resultaba una muchachita encantadora y atractiva, de elegante belleza y suaves formas. Los fuertes golpes no resonaron en sus oídos. Nunca le sería posible oírlos, por fuerte que golpeara.

Sus oídos estaban cerrados a los sonidos del mundo exterior. Lo mismo que su boca estaba muda a toda clase de posibles sonidos de llamada.

Sybil Kelly era sordomuda.

Nadie atendió a las llamadas de sus puños casi infantiles. Pegó su cuerpecito menudo y delicado junto a la puerta, forcejeando con ella, aunque sabía que eso sería en vano.

Mientras lo hacía, por simple afán de salir de aquel frío, solitario, ya oscuro y hostil jardín de juegos infantiles de recreo, miró atrás, con repentina aprensión y sus ojos se clavaron, por encima de las altas cercas, en la sombría tarde nubosa y triste.

¿Fue imaginación suya, o llegó a captar la presencia furtiva de una cabeza rebasando la tapia, de un rostro pálido y estremecedor, mirándola fijamente desde la altura?

Fuese real o no la impresión, lo cierto es que Sybil sintió un repentino terror sin límites.

A su mente, llegó una evocación escalofriante. Recordó haber leído en el diario local aquella horrible noticia del asesinato de una modista en plena noche, a manos de un misterioso estrangulador...

Su forcejeo con ¡a puerta de la escuela se hizo exasperado. Inesperadamente, ésta cedió, ante su gran sorpresa y enorme alivio.

Estaba abierta la puerta. Podía salir del jardín y entrar en la escuela.

Pero sabía que eso no se debía a generosidad alguna por parte de la rígida y severa señorita Kerr. Ella no hubiera hecho algo así, en beneficio de una alumna castigada.

Sencillamente, el pestillo llevaba últimamente un tiempo sin funcionar demasiado bien.

Eso había sido todo. Se atascó, y la señorita Kerr creyó dejar la puerta bien asegurada, tras castigar a Sybil a permanecer en el frío jardín durante toda la tarde invernal.

Aliviada, tiritando aún de frío, la muchacha sordomuda entró en el edificio. No es que la escuela fuera un dechado de buena temperatura, pero al menos allí no se pasaba tanto frío como a la intemperie. La estufa de la clase posiblemente estaría apagada, como siempre. La señorita Kerr, además de severa y despótica con las niñas, era también bastante tacaña. Se ahorraba en el invierno una buena parte de la asignación que el municipio le daba para carbón, y las alumnas pasaban frío sin que a ella le conmoviese tal circunstancia.

Sybil cruzó de puntillas las estancias del colegio. Ella no podía oír los ruidos, pero sabía que la señorita Kerr sí los oía, y muy fácilmente. Era una

mujer siempre alerta. Y siempre dispuesta a aplicar otro castigo más severo que el anterior. Si la veía fuera del jardín antes de que ella misma lo hubiera decidido, no había duda de que al día siguiente le reservaría otra desagradable sorpresa.

La idea de Sybil era ocultase en la escuela, hasta que ella fuese al jardín a sacarla.

Entonces se adelantaría, para fingir que había estado allí todo el tiempo. Esperaba tener suerte y poderla engañar.

Sybil llegó al pasillo, y se encaminó al aula, para permanecer allí, a la expectativa.

Ciertamente, había luz en la oficina de la señorita Kerr. No podía captar ruido alguno, pero estaba segura de que ella permanecería allí, posiblemente leyendo o repasando ejercicios de las alumnas.

Sintió curiosidad por saber lo que la maestra hacía, y se movió de puntillas nuevamente, pegada a la pared, para averiguarlo, con una sonrisa de traviesa en el triste rostro infantil.

Llegó junto a la puerta entornada, y asomó poco a poco, sin que sus oídos sordos pudiera alcanzar el más leve sonido indicador de lo que sucedía allí adentro.

Sybil era, ciertamente, sordomuda. Pero no era, en modo alguno, ciega. Sus grandes ojos se abrieron enormemente al captar la insólita escena que tenía lugar dentro del despacho.

Era demasiado imprevisto aquello. Sybil hubiera lanzado un grito de asombro, de haber poseído el maravilloso don de la palabra. Pero se limitó a contemplar, atónita, a una señorita Kerr a quien, ciertamente, no había podido imaginar nunca en tal situación.

La severa maestra de las ropas grises, estaba ahora solamente vestida con la falda y el corpiño. Era presa de un hombre alto, fornido, rubio canoso y de facciones rudas, inclinado sobre ella, congestionado, con ojos enrojecidos y lúbrica expresión. La señorita Kerr parecía gozar mucho en aquella situación.

Ella misma, con ansiedad, aferraba el cuello del hombretón, atrayéndole hacía sí.

Todo resultó tan imprevisto, que Sybil cometió un grave error. Se olvidó de sus precauciones anteriores, o bien su propio defecto físico la traicionó, y golpeó con demasiada fuerza contra la puerta, haciendo que ésta cediera, abriéndose casi de par en par y golpeando una silla desplazada de su lugar habitual.

Fue como una descarga eléctrica para los dos amantes. La señorita Kerr, horrorizada, abrió sus ojos enormemente, y giró el rostro hacia la puerta. El hombre alto y fornido, aquel extranjero de quien Sybil sólo sabía que le llamaban «señor Sontag», se le quedó mirando, con una alteración notable en su expresión de fauno. Aunque enfurecido por la interrupción sufrida, era obvio que al desagradable señor Sontag le producía en tal situación una sensación peculiar la presencia de una adolescente tan atractiva físicamente

como la rubia Sybil Kelly.

Esta estuvo segura de que la señorita Kerr lanzaba exclamaciones coléricas contra ella, amenazándola con terribles castigos, mientras el señor Sontag pronunciando palabras soeces y obscenas, disponíase a correr tras ella.

Sybil, aterrorizada por la sola posibilidad de que aquel individuo pusiera sus ávidas y temblorosas manos en ella, mucho más aún que ante la amenaza de los terribles castigos que la señorita Kerr la prometía, lanzó una especie de ronco gemido, lo único que su garganta podía modular, y echó a correr como alma que lleva el diablo, escapando de ambos personajes.

Cruzó la escuela toda como si la persiguiera el mismo diablo, mientras las voces del depravado señor Sontag sonaban en el edificio, sin que ella pudiera oírselas:

—Ven, ven aquí, preciosa niña... ¿Conque curioseando los juegos de los mayores, eh?

Deja que te dé caza, cariño, y verás lo que es bueno.

—¡Por el amor de Dios, déjela! —Rogó la señorita Kerr, arreglando del mejor modo posible su aspecto—. ¡No la persiga, puede armar un escándalo esa estúpida niña! ¡Deje que yo la castigue debidamente mañana, a la muy pécora! ¡Por favor, señor Sontag, venga aquí!...

Sybil era demasiado ágil y diestra para ser cazada por el alemán nacionalizado americano. Momentos después, lograba salvar la salida del colegio, y corría calle arriba, en la solitaria noche de Abbeyville, entre ráfagas de viento frío y de llovizna incipiente, sin que Sontag hubiera podido alcanzarla.

Decepcionado, furioso, Abbe Sontag permaneció en el umbral, estrujando sus puños.

Luego, al ver que había perdido definitivamente aquella presa que sus apetitos reclamaban, regresó al interior de la escuela. La señorita Kerr, alterada, trató de no proseguir la escena interrumpida, pero Sontag parecía como una furia lujuriosa desatada.

—No, ahora ya no... —Suplicó la señorita Kerr, pudorosa—. Será mejor otro día, mi buen amigo...

—¿Otro día? ¡Vamos, vamos, querida, si lo está deseando! —casi rugió el hombre precipitándose sobre ella...

* * *

No hacía mucho que la pequeña Sybil viera la escena impúdica en 1a oficina del colegio. Y aún no se le había pasado ni el estupor ni el pánico. Sobre todo, por la presencia de aquel desagradable y peligroso señor Sontag, tan capaz de convertir a la hipócrita señorita Kerr en una furia de deseos, como de perseguir a una adolescente y abusar de ella de forma obscena.

Todavía temblaba de terror la pequeña, acurrucada allí, en aquel escondrijo que había sido el único que se le ocurrió, para dejar pasar el tiempo, a la

espera de sentirse más serena, más calmada, y poder regresar a su casa, sin que sus padres llegaran a sospechar nada de cuanto había sucedido en el colegio.

No quería que nadie imaginara lo ocurrido, que nadie la sonsacara algo. Si la señorita Kerr llegaba a enterarse de algo así, aunque sus padres la sacaran del colegio, ella la buscaría por doquier para castigarla ferozmente. Conocía bien a la maestra. Y también tenía miedo por el señor Sontag. Sobre todo, por él.

Se estremeció, al recordar el modo con que la miraba, allí semidesnudo, obsceno y exaltado, capaz de todo para saciar sus turbios apetitos. La sola idea de que ello hubiera llegado a ser cierto, le producía náuseas. Klaus Kerr no era, ciertamente, el sueño amoroso de una adolescente.

Miró a través de la ventana situada en lo alto del granero donde se había refugiado, a la espera de una mayor serenidad y sosiego, en las afueras del pueblo. No estaba lejos de allí la casa de los Crandall y la de los Millard, pensó, con cierto alivio la niña, mientras veía caer las gotas de lluvia sobre el alféizar de aquel hueco. Tal vez resonaban también en la techumbre, pero no podía oírlo. Para ella, el mundo era un ámbito de silencio, carente de sonidos.

Poco a poco se fue serenando. Debía volver a casa antes de que fuese más tarde, y antes de que la lluvia se hiciera más torrencial. Asomó al exterior, comprobando que aún llovía poco, pero que la noche era oscura como boca de lobo.

De repente, al olvidar sus terrores hacia Faith Kerr y Abbe

Sontag, la niña empezó a sentir otro miedo mucho menos tangible pero más agudo. Sin saber la razón, a su mente acudió el recuerdo de aquellos titulares en el diario local:

JOVEN MODISTA ESTRANGULADA.
UN ASESINO ANDA SUELTO EN ABBEYVILLE

Eso era cierto. Come lo era que había llegado a sentir miedo en el jardín del colegio, cuando le pareció intuir una presencia humana tras ella, y creyó llegar a ver un rostro humano, sobre la tapia, con la mirada fija en ella.

¿Había sido cierto todo eso, o simple imaginación suya?

No debía continuar allí. Su miedo era ya ostensible. Y ahora no temía a nadie en concreto, sino a un fantasma, a una sombra: al asesino misterioso, al estrangulador de Abbeyville.

Regresó con rapidez al interior del cobertizo. Caminó descalza sobre el heno, hasta encontrar sus zapatitos blancos, de los que se despojara anteriormente, para estar cómoda.

Se los puso con rapidez, abotonando la correílla de blanco charol a sus pies, y disponiéndose a salir del granero.

Entonces se cerró violentamente la puerta del mismo. Ella no pudo oír el portazo, pero sí captó el golpe de aíre en su espalda. Y se volvió vivamente.

Un grito de terror se cuajó en su garganta impotente. Los ojos se dilataron y la boca se abrió, emitiendo un alarido que jamás sonó.

Había alguien en el granero.

Alguien que avanzaba hacia ella. Una sombra confusa, pero real. Un hombre. Un ser humano, cuando menos. Unas manos enguantadas, engarfiadas hacia ella. Un cuerpo envuelto en algo flotante y negro, una capa o un macferlán, no pudo saberlo.

Un ojo, un solo ojo, siniestro e inyectado en sangre, se clavaba en ella, desde las sombras insondables bajo un sombrero de alas caídas que envolvía la faz del desconocido.

Los gritos sin sonido no brotaron nunca de la garganta se Sybil Kelly. La desdichada sordomuda trató de huir por entre el heno. Tropezó y cayó.

La sombra se proyectó sobre ella, monstruosamente. Las manos crispadas buscaron su blanca garganta infantil. Y la encontraron.

El forcejeo de la niña, bajo la sombra mortal, se hizo desesperado. Tan desesperado como inútil.

Y no cesó hasta que los dedos asesinos cumplieron su espantosa tarea, estrujando cruel, salvajemente, la garganta de la pobre muchacha indefensa...

Fuera del cobertizo, la lluvia se hacía ahora torrencial, y la oscuridad era como un siniestro sudario, envolviendo el escenario del abominable crimen.

CAPITULO V

Abigail Sontag suspiró, apartándose de la ventana. Un temblor leve movió sus labios carnosos, Sus manos se apretaron, repentinamente frías, y bajó la cortina de la ventana de aquella habitación individual, en el hospital del doctor Holm.

Ya había visto suficiente. La escuela de la señorita Kerr estaba allí, frente al hospital.

Primero, había sido aquella niña rubia, de ropas claras, con gesto de terror, huyendo calle arriba, como perseguida por el diablo.

Abbe Sontag, su padre, había aparecido tras ella en la puerta, con las ropas revueltas, sujetándose el pantalón, los faldones de su camisa por fuera, soez y envilecido su gesto.

Ahora, él abandonaba la escuela. Habían pasado más de quince minutos desde la fuga de la niña. El vestía impecablemente de nuevo, y aparecía satisfecho. Faith Kerr le veía marchar, con gesto complacido, desde una ventana.

Abigail sintió náuseas. Sabía todo lo demás. No le costaba nada sumar dos y dos, para que resultaran cuatro. Conocía bien al hombre que llevaba su mismo apellido de soltera.

Siempre le había conocido demasiado bien, desgraciadamente.

—¿Qué ocurre, Abby? —Preguntó la voz triste y cansada de su hermana —. ¿Ves algo interesante en la calle?

Abigail se estremeció. Giró la cabeza hacia la cama donde yacía Muriel, junto a un globo de luz rosada que ella no podía ver ahora. La lluvia corría lánguida por los cristales de las ventanas. Recordó que los ciegos adquieren una rara sensibilidad para otras cosas.

—No, nada de particular —mintió—. ¿Por qué lo decías?

—Me pareció oírte suspirar —una sonrisa triste asomó al bonito rostro de la joven—.

Recuerda que los ciegos somos muy sensitivos para todo... Tu suspiro era como de pena, de dolor, acaso de asco, no sé...

Era impresionante la sensibilidad de Muriel, ciertamente. Su hermana se sublevó sin embargo contra esa idea.

—No hables así, querida —dijo, sentándose en el lecho—. No eres una ciega. No vas a serlo. Estoy segura de que esto es transitorio. Mejorarás, serás la de siempre. No te hagas ideas tontas.

—Abby, eres tú quien piensa cosas que no son —suspiró Muriel—. Lo cierto es que estoy ciega. Eso es lo que cuenta, ¿no crees?

—Me resisto a admitir que esto dure. Según el doctor Holm no hay lesión alguna.

—Pero la ceguera existe, diga lo que diga el doctor Holm...

—Eso es bien cierto, mi querida amiga —sonó una voz apacible desde la

puerta—.La ceguera existe. Pero no es irreversible, estoy seguro de ello.

Abigail se volvió hacia la puerta. Muriel también, aunque sus ojos no podían ver a los que entraban. Eran dos hombres. Sin embargo, la ciega los identificó.

—Doctor Holm... —susurró—. Dios quiera que eso sea cierto... ¿Le acompaña el señor Millard?

—En persona —rió Alan suavemente, inclinándose cortés ante Abigail—. ¿Cómo van esos ánimos?

—Relativamente bien —sonrió Muriel, tendiendo su mano blanca y suave, que el joven abogado apretó con calor—. ¿Sabe una cosa? Le imagino alto, esbelto, guapo y con unos ojos muy penetrantes. Ah, y elegante. Muy bien vestido, pero sin llegar a ser demasiado presuntuoso ni excesivamente minucioso.

—Admirable —rió él—. Si todas las mujeres opinaran igual de mí, me sentiría como un pavo real, señorita Sontag. Es la ventaja de no ver a ¡as personas.

—No, no. Estoy segura de que es así. ¿Cierto, Abigail?

—Muy cierto —asintió su hermana, mirando fijamente a Alan—. Es como dijiste. Un hombre capaz de gustar a cualquier mujer... Doctor Holm, ¿habló de la ceguera de mi hermana? ¿Es cierto que puede haber una esperanza de curación?

—De hecho, la hay-—asintió el médico.

—¿De qué depende?

—De ella.

—¿De mí? —se sorprendió Muriel.

—Eso es. De usted, y sólo de usted, mi joven amiga.

—No entiendo eso, doctor —objetó Abigail—. ¿Qué puede hacer mi hermana?

—Conscientemente, quizá muy poco. Pero en ella está la única solución posible — suspiró el doctor Holm—. He hablado con el señor Millard de ello. Se trata de un caso poco frecuente, pero que por desgracia existe. Su hermana no sufrió lesión alguna que interese al nervio óptico, pero sí perdió la visión al golpearse, y ello ha provocado en ella una especie de trauma. En suma, es una ceguera histérica, como se define clínicamente.

—¿Ceguera histérica? ¿Qué es eso, exactamente?

—Ella sigue ciega, porque su mente cree que lo está y vive engañada así. Se produce por un fuerte shock, y puede quitarse por medio de otro shock de parecida o mayor intensidad. Si en alguna ocasión, ella necesita ver, de forma imperiosa, y eso lo canta su mente, ella volverá a ver, no lo duden. Pero del mismo modo, si esa ocasión no llegara a presentarse... entonces, la ceguera sí podría ser irreversible.

—Dios mío... —Muriel se mordió el labio—. Sólo yo puedo curarme...

—Eso es. Pero por desgracia, no puede usted controlar esa posibilidad de un modo consciente. No basta con que quiera curarse. Algo, en un rincón en

su mente, actúa por usted y la mantiene ciega. Deje que alguna vez se libere su cerebro de eso, y volverá a ser la que era. La Medicina, por desgracia, no puede resolverlo.

Siguió un profundo silencio. Abigail contempló a su hermana con expresión entristecida. Muriel inclinó la cabeza, sentada sobre el lecho.

—¿Sigue sin querernos decir por qué intentó morir? —fue la pregunta suave pero firme de Alan Millard, rompiendo ese silencio.

Muriel se estremeció ostensiblemente. Crispó las manos en el embozo. Abigail desvió la mirada, al ver los ojos grises de Alan fijos en ella.

—¿Por qué me lo pregunta, señor Millard? —fue la réplica de Muriel Sontag.

—No sé. Quizá porque pensé que esa ceguera histérica que provocó su subconsciente, ese shock de que habla el doctor Holm... tiene algo que ver con sus oscuros motivos para poner fin a su vida, señorita Sontag. Y mientras no libere su mente de ciertos secretos, su posible curación será más difícil. Es sólo una teoría, claro...

Muriel no dijo nada. No alteró su expresión, aunque Alan estaba seguro de que pasaban por ella muchas y encontradas emociones internas. Abigail había palidecido ligeramente, respiraba con agitación, y parecía a punto de decir algo.

De nuevo la hipersensibilidad de la muchacha ciega se puso de manifiesto. Su mano se alargó, presionando con fuerza la de su hermana. Era como si hubiera captado que Abigail podía hablar en cualquier momento, y quisiera evitarlo a toda, costa. El doctor Holm suspiró, tras consultar su reloj de bolsillo.

—Bien, yo les dejo. Creo, señorita Sontag, que si lo desea puede volver mañana por la tarde a su casa, para seguir allí su convalecencia. La encuentro perfectamente bien de salud, y ahora ya sabemos que sus ojos no sufren lesión alguna.

—Sí, doctor, como usted diga—aceptó Muriel dócilmente.

El médico salió de la estancia. Alan Millard se quedó con las dos hermanas. Abigail parecía evitar mirarle a los ojos, y seguía oprimiendo con calor la mano de su hermana.

—¿Podré visitarla alguna vez en su domicilio, señorita Sontag? —preguntó el joven, tras una corta pausa.

—Podrá visitarme siempre que quiera —sonrió ella, asintiendo—. Será bien recibido en todo momento. Y no dé demasiada importancia si en alguna ocasión no ve demasiada amabilidad en mi padre cuando vaya por allí. El es bastante huraño con los vecinos, después de todo. No se desanime, y siga visitándome pese a ello. Me hará mucho bien saber que un amigo se interesa por mí.

—¿No tiene amigos?

—No muchos —suspiró Muriel, mientras Abigail permanecía con la cabeza baja—.No le gustan a mi padre. Y él lleva la casa a su modo. Es muy

imperativo, no sé si se daría cuenta de ello.

—Sí, ya lo advertí. Pero usted es mayor de edad...

—Eso, para él cuenta poco. Hasta Abigail, pese a ser mayor que yo, y haber enviudado, sigue siendo un miembro de la familia, y obligada como tal a la obediencia absoluta a la autoridad paterna. Así son las cosas en nuestro hogar, señor Millard.

—Entiendo. De todos modos le prometo no dejarme vencer por ningún muro. Ni siquiera la severidad de esas reglas impedirá que la visite, si usted lo desea. Existen leyes que protegen a los ciudadanos, por encima incluso de las leyes de familia, esté segura.

—Esas leyes sólo cuentan fuera de las paredes de nuestra casa —dijo Muriel con tono repentinamente serio—. Dentro, todo es muy diferente...

Alan Millard no supo la razón, pero creyó intuir en aquellas palabras una cierta amargura. Insistente, buscó la mirada de Abigail. No la encontró.

Momentos más tarde, el joven abogado se despedía de las hermanas Sontag, con aquella vaga e incómoda impresión de que ambas hermanas le ocultaban algo desagradable, algo que le hacía intuir la existencia de un secreto oscuro y maligno, lo bastante terrible como para lanzar a una joven muchacha hacia una muerte estúpida e inconcebible.

Fue al llegar a la calle, bajo la lluvia, cuando Alan se detuvo, sorprendido, bajo el saliente de un edificio, al oír los gritos y exclamaciones al final de la calzada. Miró en esa dirección.

Unos momentos más tarde, un grupo de personas, portando faroles de petróleo o de aceite, aparecían en grupo, enarbolando horcas, palos y cuerdas, como una masa desbordada. Los gritos tomaron forma y sentido:

—¡No toleremos esto! ¡A la horca con él!

—¡La ley no le hará nada a ese monstruo! ¡A muerte! ¡Linchémosle!

—¡Queremos justicia, no tolerancia con los asesinos!

—¡El que mata, debe morir! ¡Muerte, muerte...!

El grupo dobló por una esquina próxima, y Alan observo que en esa dirección se hallaba la oficina del comisario Summer. Presa de una repentina intuición, corrió hacia allá, pero dando la vuelta por el otro lado de la manzana, para no encontrarse con los manifestantes.

Antes de que él llegara al edificio de 1a oficina de la Ley, sonó un estampido en la noche. Las voces e imprecaciones parecieron calmarse de repente. Alan se detuvo muy cerca de la oficina. La voz de Dick Summer le llegó nítida:

—¡Quietos todos, imbéciles! —Tronó con potente tono—. ¡No toleraré linchamientos en esta ciudad! ¡He hecho sólo un disparo al aire, pero si me obligáis a ello, juro que tiraré a matar, caiga quien caiga! ¡El preso está a buen recaudo, y se le va a juzgar por asesinato!

¡Si es culpable, el juez Rattigan y el jurado que se ocupe del veredicto, le enviarán a la horca! ¡Si no, colgar a un inocente seria una monstruosidad irreparable!

—¡Ese tipo es culpable! Aulló uno de los manifestantes airadamente—. ¡Comisario, debe entregarnos al asesino para que se haga justicia lo antes posible!

—Yo sólo entiendo una forma de hacer justicia, Barnes, y me parece mentira que tú, un ciudadano celoso cumplidor de tus obligaciones, te conviertas ahora en un energúmeno sediento de sangre, sólo porque consideres que el detenido es culpable. Ni tú ni yo podemos colgar a nadie, sin un juicio previo y justo. Dejad que la ley se cumpla. Os garantizo que no va a salir impune, si realmente cometió esos crímenes, ¿entendido?

Crímenes.

Alan estaba seguro de haber oído la palabra. En plural.. Recordó que sólo una mujer, Gladys Oakley, había sido víctima del estrangulador. Una sensación desagradable y preocupante se apoderó de él. Aceleró su marcha hacia la oficina, en tanto el grupo de linchadores se disolvía pacíficamente, ante el rifle del comisario Summer, erguido resueltamente a la puerta de su oficina.

-—Buenas noches, comisario —saludó, guareciéndose de la lluvia bajo el porche del edificio, mientras los últimos manifestantes se dispersaban, no demasiados conformes.

—Ah, Alan, ¿qué hay? —Le respondió distraídamente el hombre de la ley —. ¿Ha visto lo ocurrido? La gente se solivianta en estas tierras cuando sucede algo que les indigna. Pero no se puede dejar uno llevar por sus sentimientos. Para eso está la Ley, la Justicia...

—¿Qué ocurre, exactamente? ¿Han arrestado a alguien como sospechoso?

—Naturalmente. Ya sabe a quién. Ese muchacho anormal, Neil Olson, el repartidor de provisiones a domicilio.

—Creí oír la palabra crímenes...

—Oyó bien, por desgracia —suspiró con gesto sombrío Summer, invitándole a entrar en la iluminada oficina—. Ya son dos...

—¿Dos? ¿Ha matado a alguien más?

—Otra chica. Una adolescente, casi una niña. Catorce años escasos, creo que tenía Sybil

Kelly, la víctima.

—Dios mío... —Alan inclinó la cabeza—. ¿Cómo fue?

—Aún no estamos seguros. Neil fue hallado merodeando un granero, entre su casa,

Alan, y la de los Crandell. Se le arrestó allí mismo. Pero luego, al ver la puerta del granero abierta, mis ayudantes entraron a registrarlo. Evidentemente, Olson salí de allí cuando fue detenido. Y dentro del granero, sobre el heno... yacía el cadáver de la niña, estrangulada, como Gladys Oakley.

—Cielos... ¿No abusaron de ella esta vez tampoco?

—Tampoco. No hay huellas aparentes de violación. Sólo las señales del estrangulamiento. Ah, ¿sabe otra cosa? La indignación es aún mayor en este

caso, porque la pobre Sybil... era sordomuda.

Alan se irguió sobresaltado. Sus ojos tuvieron un brillo peculiar al fijarse en el comisario. Pero no dijo nada. En vez de ello, paseó por la oficina. Luego, mientras Summer reponía en el rifle la bala disparada al aire, y escudriñaba con gesto de preocupación la calle batida por la lluvia, Millard preguntó de repente:

—¿Puedo hablar unos momentos con el preso, comisario?

Sorprendido, Summer alzó los ojos. Enarcó las cejas, mirando a su visitante con cierta extrañeza. Finalmente, se encogió de hombros.

—Si quiere... Después de todo, usted es hombre de leyes. Venga, Alan, le llevaré a la celda de Olson. ¿Qué diablos quiere saber ahora?

—Aún no lo sé, Dick —sonrió pensativo Alan—. Pero me gustaría hablar con él.

—Muy bien. Adelante, pues.

Y le abrió camino hasta un corredor, a cuyo final había una celda cuya puerta abrió, revólver en mano, invitando a Alan a entrar. El cerró, quedándose fuera, sin soltar el arma. Del camastro, se alzó una figura sollozante, convulsa. Unos grandes ojos desorbitados se clavaron en Alan.

—¿Quién... quién es usted? —farfulló una voz trémula—. ¿A qué ha venido?

—Serénate, Olson —habló Alan, tranquilo—. He venido a hablar contigo, muchacho. De mí, no tienes nada que temer.

El mozo le miró desconfiado, huraño. Temblaba como un azogado. Alan observó que estaba empapado de agua, y briznas de dorado heno se adherían a sus mojados cabellos y a sus ropas.

Se sentó Alan en el camastro. Summer se alejó por el pasillo, pero sin abandonar la vigilancia de la celda.

—¿Qué quiere saber? —tartajeó el preso.

—Sólo una cosa: ¿por qué mataste a esas dos muchachas, Neil?

El detenido le miró con ojos saltones. Luego, lanzó un gemido, se cubrió el rostro con ambas manos y se puso a llorar.

—Eso no es cierto, señor —gimió—. ¡No hice nada! Quería a la señorita Oakley, jamás la hubiera hecho daño. Era tan bonita, tan desgraciada, siempre sola...

—¿Y a Sybil Kelly?

—Ni siquiera la vi en todo el día. No la conocía apenas. Ella era una niña, nada más. Iba a la escuela de la señorita Kerr, como todas las niñas de Abbeyville... ¡Yo no podía hacer daño a una niña! No puedo hacer daño a nadie... Y menos que a ninguna otra, a Gladys Oakley... ¡Daría mi vida por ella!

—Neil, la gente dice que la perseguías, la vigilabas, que un día intentaste asaltarla...

—Ella se equivocó entonces. Yo no la hubiera hecho daño. La seguía, sí. Me gustaba tanto... La quería mucho. Ese día, quise decirle que la amaba, que

quería ser su novio...

Ella se asustó, y echó a correr. Intenté retenerla, y aún la amedrenté más... Ese día fui muy desgraciado, señor...

—Olson, ¿qué hacías junto al granero donde murió Sybil Kelly?

—Yo... yo estaba huyendo de la policía. Esa vieja bruja de la madre de Gladys me acusó hoy en el cementerio... Yo tenía que escapar. Nadie cree nunca a Neil Olson. Piensan que estoy loco, que soy malo... Me iba a ocultar en el heno, porque llovía mucho y tenía frío.

Estaba empapado... Entonces... entonces me encontré con esa niña...

—¿Viva?

—¡No! ¡Muerta! Estaba muerta... Yo pensé que dormía, me acerqué con cuidado, para no asustarla... Entonces la reconocí, y supe que el ruido no la asustaría. Era sordomuda, ¿sabe? Me tranquilice... hasta que vi las huellas de su garganta... Eso me asustó mucho, la zarandeé, a ver si estaba aún viva. Pobre niña... Se agitó su cuerpo, sin dar señales de vida... Tuve mucho miedo. Supe que también me culparían de eso... y que no podría demostrar mi inocencia. Pensé en huir... y entonces cayeron sobre mí los alguaciles del comisario Summer... Lo juro, señor, ¡lo juro! Esa es toda la verdad...

—Olson, ¿cómo viste a la niña en esa oscuridad? Llovía mucho, la noche está muy encapotada. El granero debía estar totalmente en sombras...

—Lo estaba, señor. Pero el farol me alumbró dentro...

—¿Farol? ¿Qué farol?

—Había uno encendido. Un farol con una vela dentro, protegida del aire por los cristales. Alguien lo había dejado sobre el suelo, lejos de los montones de heno. Daba luz al lugar.

—Un farol encendido. Dime, Olson, ¿no viste nada más? ¿Sólo a la niña muerta? ¿Nada de señales de alguna presencia humana, de alguien por los alrededores, fuese quien fuese...?

—No, nadie. No vi nada más. Ojalá pudiera haber visto algo, saber quién mató a la pobre niña... Ahora, no tengo defensa, señor. Me ahorcarán, seguro. Están deseando hacerlo. Dicen que estoy loco...

—¿Lo estás, Olson?

—No, no señor... —lloraba como un niño, acurrucado en el camastro de la celda—.

Estoy enfermo, sí. Me dan dolores de cabeza, temblores... Sufro de epilepsia, pero me curaron bastante en el hospital psiquiátrico. No ando bien, lo sé. Pero yo sería incapaz de hacer daño a nadie, créame...

—Te creo, Olson —suspiró Alan, poniéndose en pie—. De todos modos, sigue pensando, trata de recordar. Tal vez viste u oíste algo en los alrededores de aquel granero, trata de recordar... por tu propio bien, muchacho.

—Sí, sí... —le miró como un perrillo apaleado—, Pero usted... ¿usted me cree, de verdad, señor?

—Te creo, Olson —extrajo unas hojas de papel plegadas, de su bolsillo, y tomó un lápiz, que tendió al detenido—. Toma, firma aquí. Sólo tu firma

bastará.

—¿Eh? ¿Qué pretende? —se alarmó él—. No voy a firmar nada. No confesaré...

—¿Quién dice que vas a confesar nada? No dirás nada a nadie. Te negarás a hablar con todos, ya sea el juez o el comisario, salvo que esté yo presente en el interrogatorio. Si firmas eso, tendré fuerza legal para exigirlo. ¿Te das cuenta de lo que quiero, Olson? Yo rellenaré ese documento, una vez firmado. Será tu aceptación de mi defensa.

—Su... ¿qué?

—Soy abogado, Olson —le entregó una tarjeta de visita—. Te creo, y creo en tu inocencia. Tal vez soy el único en Abbeyville en pensar así. Quiero ser un abogado, si tú no tienes inconveniente.

—Mi abogado... —Olson parpadeó, trémulo—. Pero yo no puedo pagar un... un abogado.

—Ya hablaremos de eso. Ahora, lo importante es salvar tu cuello —sonrió Alan—. ¿Qué decides, Olson?

El preso no respondió. Tomó el papel que le tendía Alan, y escribió dificultosamente su firma al pie del espacio en blanco. Luego, miró esperanzado a Millard, le entregó el papel y el lápiz, y tomó una de sus manos calurosamente.

—Gracias, señor —susurró—. Gracias por creer en mí. Juro que le dije la verdad...

Alan asintió con la cabeza. Guardó el papel y abandonó la celda, tras llamar a Summer con un gesto. Este le condujo hasta la oficina en silencio. Luego, se interesó, sin poder dominar su curiosidad:

—¿Qué, Alan? ¿Ha sacado algo en limpio de ese muchacho?

—Sí —suspiró Millard—. Que creo en su inocencia, Dick.

—¿Qué? —barbotó Radolph Summer, asombrado.

—Por ello mismo, me ocuparé de su defensa. Olson no hablará salvo en mi presencia, recuérdelo.

—¡Pero... pero eso no tiene sentido. Alan! Es una pésima forma de empezar su carrera.

Ese muchacho no tiene defensa posible, y menos en Abbeyville...

—Sea donde sea, al juzgar a un hombre siempre existe la posibilidad de probar su inocencia. Si no fuera así, ¿para qué serviríamos los abogados?

—La gente va a ver muy mal su acción, Alan. No le perdonarán que trate de ayudar al culpable de dos muertes tan execrables...

—Yo no trato de ayudar a un culpable, sino a un inocente. Si le creyera realmente culpable de esos dos crímenes, no le defendería por nada del mundo, esté seguro de ello.

—¿Qué le ha dicho Olson, para convencerle de su presunta inocencia?

—Nada. Precisamente eso es lo que me ha convencido: lo que no me ha dicho... No puedo pensar ni remotamente que ese infortunado muchacho sea culpable de otra cosa que de seguir estando mentalmente algo enfermo... pero

sin peligro para nadie, salvo para sí mismo.

Y abandonó la oficina, tras saludar con cierta irónica cortesía al comisario Summer que, perplejo, vio cerrarse la puerta tras el hombre que iniciaba su primer caso como abogado de un hombre a quien todos, absolutamente todos en Abbeyville, creían culpable de los dos crímenes más indignantes que jamás habían tenido lugar en la región..

CAPITULO VI

Muriel Sontag se despertó bruscamente.

No tenía noción del tiempo, no podía ver las agujas de un reloj. Al abrir sus ojos, la oscuridad continuaba en torno suyo, tan densa como antes, con los párpados cerrados.

Sin embargo, intuía la presencia de la luz en la mesilla. Tal vez eran las tenues radiaciones de calor que llegaban hasta su mejilla, procedentes del globo de luz de gas que mantenía iluminada su habitación durante toda la noche, por expreso deseo del doctor Holm.

El hospital era un silencio completo en la noche. Los pacientes dormían, y los enfermeros también. El doctor Holm descansaba en su casa, vecina al establecimiento sanitario, y ella también debería de estar dormida.

Sin embargo, algo le había interrumpido el sueño. Tal vez sus propias preocupaciones, la tensión sufrida aquella noche, cuando se enteró, antes de dormir, que otra mujer había muerto en Abbeyville. En esta ocasión, casi una niña. Sybil Kelly, la muchachita sordomuda.

Fue una noticia escalofriante. Abigail, antes de marcharse, había comentado que el terror invadía a toda la ciudad. Pero el hecho de que Neil Olson, el presunto culpable, hubiera sido ya encarcelado por el comisario Summer, había devuelto cierta tranquilidad a la población.

La idea de dos muertes tan seguidas, y ambas por estrangulación, a manos de un asesino, provocaban en Muriel una sensación de angustia y temor. ¿Sería realmente Olson el asesino?, se preguntó al despertar.

¿No habría otra persona, un criminal que siguiera suelto por Abbeyville, sin sospecharlo nadie?

No supo por qué se le ocurrió esa idea, pero repentinamente tuvo miedo.

Miedo.

Un miedo instintivo y súbito, que no tenía sentido aparente. Un sudor frío humedeció su mente, y notó que estaba temblando. Muriel Sontag se acurrucó en el lecho. Trató de dormir.

Y entonces oyó el ruido.

Fue tan leve, que una persona normal no lo hubiera captado. Ella misma, antes del atropello, no hubiese podido sentir absolutamente nada. Era apenas un roce.

Pero un roce allí mismo. En la puerta de su habitación, ante ella.

Miró en esa dirección, con ojos muy abiertos. Las pupilas brillaban, reflejando la esfera rosada de la lámpara de gas. No podía ver nada, salvo sombras, oscuridad.

Sin embargo, la sensación de que alguien la miraba fue tan vivida, tan profunda, que le provocó un escalofrío. Estuvo segura de que otros ojos estaban clavados en ella, desde el umbral mismo de la puerta.

Ojos quietos, fríos, malvados. Ojos de... de asesino, tal vez.

Muriel reaccionó. Levísimos, inapreciables crujidos del suelo de madera, llegaban a su oído, a su percepción extrasensible. Era lo que producirían unos pies quietos en la puerta.

Un ruido que nadie captaría, salvo un ciego...

—¿Quién está ahí? —Preguntó de repente en voz alta, acumulando valor y decisión pese al creciente terror que la invadía—. ¿Qué hace usted ahí?

Fue un rasgo de audacia que la hizo estremecer. Porque, realmente, había alguien, de eso estaba segura. Unos ojos, invisibles para ella, seguían mirándola sin duda. Creía captar el ardiente contacto de aquellas pupilas en las suyas, heladas y sin luz. Y hasta intuyó una respiración apagada, un aliento humano...

Luego, otro chasquido más fuerte. Roces que se alejaban con cierta rapidez, totalmente inaudibles para un vidente. Muriel tuvo miedo. Y gritó entonces.

Exhaló un grito agudo, desgarrador, dando suelta al histerismo contenido de aquellos terribles minutos.

Precipitadamente, en la distancia, nuevos chasquidos de la madera del suelo marcaron el alejamiento de unos pasos silenciosos, demasiado sigilosos y rápidos para significar nada bueno...

—Señorita Sontag, ¿qué sucede? ¿Por qué ha gritado?

Era un enfermero de noche. Notó sus fuertes brazos cuando ella intentó incorporarse en la cama. Muriel trató de ser persuasiva al hablar.

—Estaba ahí, en la puerta. Oí sus pasos, su respiración... Había alguien vigilándome.

Creo que... que era un hombre. Podría jurarlo...

—¿Pero qué dice? ¿Un hombre aquí? ¿Vigilándola? —El escepticismo asomaba, claro, a la voz del enfermero de servicio—. Señorita Sontag, por Dios, no hay nadie más en esta ala del edificio, salvo usted, otros dos pacientes y yo mismo. Nadie ha entrado ni salido en las dos últimas horas. Sin duda tuvo un mal sueño...

—¡No, no fue un sueño! —protestó Muriel vivamente—. Estaba despierta, y bien despierta, ¿no lo entiende? Había una persona en el umbral. Me despertó. Oí sus pasos, noté que respiraba... Se marchó al interpelarla yo... y tuve miedo. Por eso grité.

—Está bien, voy a revisar todo esto —dijo pacientemente el enfermero, aunque la incredulidad seguía siendo su nota dominante—. No quiero que piense que cometemos negligencias con los pacientes, señorita Sontag. Avisaré a mi compañero de la planta de abajo para que vigile mientras yo registro todo. Pero le aseguro que no encontraremos nada ni a nadie. Este hospital no ofrece el menor aliciente a un merodeador. No tendría sentido meterse aquí a curiosear, corriendo el riesgo de ser sorprendido y arrestado.

Todas esas explicaciones rutinarias no podían convencer a Muriel. Ella sabía que no soñaba cuando notó aquellos roces, aquella especie de leve soplo de una respiración humana, aquella presencia viviente, que su sensibilidad

captaba con más claridad que si pudiera verla...

La búsqueda, sin embargo, se llevó a cabo. Oyó hablar entre sí en el corredor a los dos enfermeros de noche.

—No hay nadie —decía uno—. Lo he revisado todo. Esa mujer debió soñar.

—Ya lo dije yo —apoyó el otro—. Pero así se quedará tranquila. ¿Todo estaba en orden?

—Sí, todo. Solamente la puerta del patio estaba sin encajar. Debieron dejarla abierta por error, pero ¿quién iba a meterse por ella en el hospital? Es una tontería imaginarlo.

—Claro. Está bien, vuelve a tu sitio. Yo calmaré a la paciente. Una mujer ciega siempre sufre de temores así. Hay que ser comprensivos...

Muriel no se tranquilizó en absoluto mientras el enfermero le hablaba, tratando de persuadirla de lo equivocado de sus temores. Ni siquiera le escuchaba. Ella estaba pensando, mientras el enfermero hablaba, en aquella puerta sin cerrar que daba a un patio. Y en aquel hombre, aquel merodeador o lo que fuese, aquel intruso que la estuvo vigilando desde el umbral, en silencio.

¿Quién era? ¿Por qué lo hizo?

A Muriel no le gustaron las respuestas que se le ocurrieron. Sobre todo cuando nuevamente a solas, intentando conciliar el sueño, recordó quién era Sybil Kelly, la niña asesinada aquella tarde en un granero de las afueras.

Sybil Kelly, sordomuda...

La primera víctima había sido Gladys Oakley. Coja de la pierna izquierda.

Una coja. Una sordomuda...

Y ella... ella era ciega.

—¡Dios mío! —Susurró, con un espasmo de súbito horror, incorporándose en el lecho, bañada en fría transpiración—. El asesino... ¡Era el asesino, estoy segura! No es Neil Olson... El asesino aún anda suelto... y mata solamente a mujeres lisiadas, a mujeres con algún defecto físico... como esas dos chicas... y como yo.

* * *

El día era realmente desalentador.

Un negro nublado encapotaba el cielo, dándole a la mañana tintes de atardecer sombrío. Apenas si había luz en la calle, la lluvia caía torrencial, y todo Abbeyville mostraba un aspecto triste y desolador, con sus calles vacías, el agua corriendo a raudales, y la gente encerrada en sus casas, salvo aisladas excepciones, que se apresuraban a cruzar bajo el aguacero, cubriéndose con lonas o prendas impermeables.

Alan Millard, pensativo, se apartó del amplio ventanal del salón. Su tía Kathryn le habló desde la mesa, donde estaba trabajando en un bordado.

—Es como para levantar la mora! a cualquiera, ¿eh, querido? —comentó

sarcástica.

—No podía esperarse otra cosa —comentó Alan, contemplando el paisaje bajo la lluvia.

A pesar de estar en las afueras del pueblo, la claridad diurna que entraba por las vidrieras era mínima—. Es la época de las lluvias, tía.

—Tal vez en circunstancias normales no me sentiría tan deprimida, pero con esos asesinatos y un día así...

Alan no comentó nada. Tras un silencio, fue su tía quien volvió a la carga.

—¿De veras vas a ocuparte de la defensa de ese chico?

—¿De Neil Olson? Sí, ya está decidido. Soy su abogado desde ayer.

—Romántico, y defensor de causas perdidas, como tu padre —suspiró Kathryn Millard, moviendo la cabeza—. Así eres tú. Alan. Pero te felicito. Ese pobre chico necesitaba que alguien creyera en él.

—¿No le consideras tú tampoco culpable de esos crímenes, tía?

—Mientras no me lo demuestren, no. Conozco a Olson. Es un infeliz. Creo que se asusta hasta de sí mismo. No puedo imaginarlo como un asesino, la verdad.

—Pues quizá ambos necesitéis cambiar pronto de idea —terció bruscamente la voz de Jason Millard desde la puerta—. Se ha escapado de la prisión.

—¿Qué? —Alan se volvió hacia su primo, sobresaltado—. ¿Qué dices?

—Lo que acabas de oír, primito —rió el médico con sarcasmo—. No se habla de otra cosa en la ciudad. Esta mañana logró evadirse. Han hallado al comisario Summer tendido en el suelo, con el desayuno del preso derramado por el suelo, y una regular herida en el cuero cabelludo. Sangró bastante y se desvaneció. Nuestro comisario está furioso. Ha iniciado una batida por toda la región, con perros y todo. Esta vez me temo que tu defendido, si es sorprendido, termine muerto a tiros. Muchos granjeros y ciudadanos han salido del pueblo con escopetas y revólveres, en busca de Neil Olson.

—¡Por todos los diablos, esa gente está loca! —Aulló Alan, precipitándose hacia la salida—. ¡No pueden linchar al evadido! ¡El no puede ser culpable!

—¿No? ¿Por qué ha escapado entonces, primito? —Bromeó con acritud Jason—. No creo que lo hiciera por divertirse, y menos teniendo ya un abogado como tú a su lado... Lo cierto es que ese mozo debió sorprender a Summer en un descuido y le golpeó, escapando. Es la mejor prueba de su agresividad. Es culpable, no lo dudes.

—Habla de medicina, Jason, pero no de asuntos que me competen a mí —cortó con aspereza Alan, saliendo de la estancia rápidamente.

Abajo se encontró con una dama morena, hermosa, de pelo negro, ojos oscuros y ardientes, expresión fría y boca sensual pero despectiva. Iba enguantada, y observó que una de sus manos mostraba una peculiar rapidez, con los dedos curvados, inmóviles.

Bajaba de un calesín, en la puerta de la casa, y la pelirroja y exuberante Maisie la atendía, hablando con tono voluble.

—Oh, sí, el señorito está arriba. Le avisaré en seguida de su llegada, señorita Crandall...

Alan pasó cerca de ella sin detenerse. La voz de la visitante, sin embargo, le frenó en seco.

—¿Adónde va tan de prisa, mi futuro primo? ¿No es usted Alan Millard en persona?

Se detuvo, volviéndose hacia ella con expresión cauta. Inclinó, cortés, la cabeza.

—Sí, Jezabel —afirmó—. Soy Alan, tu futuro primo Jason está arriba.

—Lo sé —hizo un gesto, indicando a Maisie que volviera al ala de servicio —. No le avises, yo iré a su encuentro. Déjame.

La doncella miró de soslayo a Alan, y sumisa se alejó hacia las dependencias del servicio. Alan se quedó a solas con la prometida de su primo.

—De modo que tú eres Alan Millard, el abogado... —murmuró Jezabel, sus relampagueantes ojos negros fijos en él—. El hijo de la oveja negra de los Millard.

—Eso es —asintió Alan con una sonrisa burlona—. Y quizá futura oveja negra número dos de la familia.

—Parece que llevas ese camino —dijo ella con cierto tono despectivo—. Se habla mucho de ti en el pueblo y en mi casa.

—¿Bien o mal?

—Mal. No debiste hacerte defensor de Neil Olson. La gente no te lo perdonará nunca.

Puede ser tu ruina como abogado en Abbeyville. No les gusta que defiendan a asesinos.

—Todo acusado tiene derecho a defenderse ante un tribunal. Y mientras no se demuestre entonces, Neil Olson no es un criminal, querida prima Jezabel.

—¿Ya sabes que ha escapado, dejando malherido al comisario?

—Sí, lo sé. Por eso tengo prisa.

—No creo que puedas hacer nada. Están intentando cazar, vivo o muerto, a tu defendido. Y más bien creo que le cazarán muerto.

—Es lo que quiero impedir.

—No seas loco —súbitamente Jezabel puso en su brazo una mano firme. Era su diestra, la mano sana—. Sería absurdo interponerte en el camino de esa gente. Está como enloquecida. Olvida a Olson. Di que te engañó, como a otros anteriormente. Olvidarán el incidente y serás un abogado respetable.

—Jezabel, ese hombre puede ser inocente. Está asustado. Si le matan, tal vez sea otro crimen como los anteriores.

—Mira, futuro primo, personalmente no siento especial aversión por tu defendido. El hecho de que matara a dos pobres chicas imperfectas, una lisiada y una sordomuda, hace que incluso simpatice en parte con él. Esa clase.de chicas son malas, perversas y crueles.

Hacen pagar sus defectos a los demás.

—Jezabel, no me gusta el tema. Será mejor que me marche...

-—Mira, Alan Millard —le retuvo ella aún, con expresión fiera—. Mira mi mano izquierda, ¿la ves bien?

Alan contempló de cerca aquella mano pequeña, enguantada de negro, ligeramente engarfiada, como la garra de un ave. Sintió un estremecimiento. Era como si Jezabel, la hermosa mujer de rostro cruel y ojos agresivos, deseara hincar esas garras en alguien, para vengarse de una vieja desgracia.

—Sí, la veo —suspiró—. Tía Kathryn me habló de ello. Lo siento.

—¡Es culpa de otra lisiada como ésas! ¡Una hermana mía, Alan, que ya no vive, pero a quien odio igual que si estuviera llena de vida! ¡Por su culpa me quedé yo así, lisiada también! Pero yo era hermosa, perfecta, nací sin taras... y tuvo que ser ella quien me las causara, ¿lo entiendes? Por eso las odio a todas...

—Eso no es humano, ni siquiera cristiano, Jezabel —replicó Alan, incisivo —. Pero tampoco me importa lo que pienses, ni puedes justificar crimen alguno. Ahora, permite que me marche. Tengo mucho que hacer.

—Alan, espera aún. Te veo muy diferente a Jason. Me gusta tu modo de ser, me gusta tu aspecto, y quisiera que habláramos los dos de muchas cosas antes de...

—Lo siento, Jezabel —cortó agriamente Alan, desprendiéndose de la mano de ella con suavidad, pero también con energía—-. Ya nos veremos de aquí en adelante. Después de todo, vamos a ser primos, ¿no es cierto?

Sonrió, saliendo disparado del edificio para correr en busca de Henry, el cochero, y dirigirse con el carruaje al pueblo.

Jezabel se quedó sola, algo despechada. Miró con ojos fulgurantes de ira a la puerta que se cerraba tras de su guapo y arrogante futuro primo, y silabeó entre dientes, con una extraña agitación moviendo impetuosamente sus bien desarrollados senos:

—Alan Millard... Eres muy atractivo. Mucho más que tu primo Jason. Despides energía, vitalidad... y virilidad también. Me gustas..., primo Alan. Será muy divertido ser tu prima, verte a menudo... ¿Quién podrá pensar de la puritana Jezabel... que le gusta su primo y se acostará con él, sea como sea?

Rió entre dientes, maliciosamente, y recogió sus amplias faldas para subir a la planta alta por la gran escalera, en busca de su prometido.

* * *

Dick Summer no estaba en la oficina. Tampoco sus alguaciles.

El juez Rattigan le dijo que todos habían salido a la caza de Neil Olson. El magistrado local estaba muy preocupado e inquieto por los sucesos de las últimas horas y, ante una pinta de cerveza, en la cantina de Drury Carter, en la calle principal de Abbeyville, confesó severamente al joven Millard:

—No me gusta todo esto, muchacho. No quiero linchamientos ni matanzas. Deseo que ese chico, Neil Olson, comparezca ante mí de forma

legal y sea defendido por un abogado como usted. Sí es culpable, lo pagará. Si no... esta cacería, en ambos casos, es una salvajada sin sentido.

—¿También el comisario va con los cazadores?

—Sí, pero de otro modo. Intenta hallar a Olson antes que los demás, para proteger su vida. También sus dos alguaciles tienen esas instrucciones, pero los granjeros y ciudadanos tienen más posibilidades, porqué han cogido perros de sus casas y les han mostrado prendas de Olson para que husmeen. No, creo que Dick no tiene muchas posibilidades de devolver con vida a su celda al evadido...

—Si supiera hacia dónde fueron...

—La última vez que los vi se dirigían hacia la zona del arroyo. Es la que mejores escondrijos puede ofrecer, en buena lógica, a Olson. Summer y sus comisarios optaron por dar un rodeo por detrás de las granjas cercanas, entre ellas las de los Crandall, su propia casa, Millard, y la de los Summer. Por ese lado se alcanza el arroyo más tarde, pero se cubre mayor porción de área. En fin, Dios dirá...

Alan no preguntó más. Con el ceño fruncido se lanzó él también a la busca del fugitivo.

No iba armado, ni quiso utilizar carruaje. En vez de ello, recordando sus tiempos de juegos infantiles, se lanzó a campo través, utilizando los atajos que utilizara entonces, cuando su tía Kathryn le rescató de! mundo donde le dejara, solo y abandonado a merced de los acontecimientos, su padre ya fallecido.

Confiaba en que su buen instinto y su conocimiento del terreno pudiera ayudarle a localizar el paradero de! atolondrado Neil Olson, antes de que los linchadores diesen irremisiblemente con él.

Poco más tarde, rebasada una serie de granjas y propiedades, tras ver en la distancia, en medio de los ladridos furiosos de los perros, a la jauría humana formada por los que buscaban a Olson con la sana intención de colgarle de una soga, tomándose así la justicia por su mano, al viejo estilo.

Alan Millard se detuvo cerca de la granja de los Summer. Se quedó mirando el pequeño edificio rodeado de huertos y jardín. Recordó lo que le contara el comisario sobre su joven esposa, trágicamente reducida a la inmovilidad, tras un accidente de caballo.

Antes de seguir adelante se preguntó que tal vez ella, la señora Summer, conociese el rumbo que había seguido su esposo en la búsqueda de Olson, y optó por detenerse un momento a preguntarle. No le llevaría más de dos minutos, y podía ganar muchísimos más. Le interesaba conocer la trayectoria de Summer, Para él tomar por otro lado, y así ver de coger, entre ambos, al fugitivo. Lo importante ahora era anticiparse a los linchadores.

Alan se aproximó a la casa. Vio la puerta de la cerca abierta y pasó por entre los terrenos cultivados, en dirección a la casa. Seguía lloviendo con fuerza, y el cielo ofrecía un color negruzco, más propio del atardecer que de plena mañana. A este paso, a mediodía sería casi de noche.

Se protegía Alan del torrencial aguacero con un sobretodo impermeable y un sombrero de lona, pero pese a ello se sentía empapado, y hundía con frecuencia sus pies en amplios charcos.

Alcanzó la casa. Subió al porche, sacudiéndose del agua de lluvia, y golpeó con el llamador en la puerta.

Esta cedió suavemente, con un leve crujido, quedándose abierta. Alan soltó el llamador, que había sonado sordamente. Ante la ausencia de respuesta voceó hacia el interior:

—¡Eh! ¡Señora Summer! ¿Dónde está? Busco a su esposo, señora. Soy Alan Millard...

Continuó el silencio. Tal vez ella estaba en la planta alta y no podía ahora descender en busca suya. Recordó que estaba inmovilizada en una silla de ruedas.

Avanzó hacia el interior, insistiendo en su llamada:

—¡Señora Summer! ¿Puedo entrar?

Ante la ausencia de autorización, siguió adelante hasta alcanzar el pie de una escalera, al lado de la cual se había montado una especie de plano inclinado, una rampa para subir y bajar, por medio de un sistema bastante seguro, una silla de ruedas sin utilizar los escalones.

Al pie de la rampa yacía la silla de ruedas, volcada.

Alan sufrió un sobresalto. Si la señora Summer había sufrido un accidente estando sola, eso sería realmente terrible en su situación. Alzó la cabeza buscando a la dama.

—¡Señora Summer! —voceó—. ¿Se encuentra bien? ¡Responda, por favor! ¡Soy amigo de su esposo!...

No hubo tampoco respuesta esta vez. Alarmado, Alan subió con rapidez los escalones temiendo que el accidente hubiese sido más grave de lo previsto.

Sólo cuando estaba ya a medio trecho de la escalera situada junto a la rampa especial para la silla de inválida, la idea terrible acudió a su mente con la fuerza de un estallido.

Fue como una conmoción. Un mazazo terrible y cegador que le hizo pararse en seco, con un escalofrío.

Gladys Oakley, la muchacha coja... Sybil Kelly, la niña sordomuda...

Las dos con taras. Una lisiada, una muchacha sin voz ni oído...

Y una mujer inválida. Con silla de ruedas. Paralítica...

¡Otra tullida!

—¡Dios mío, no! —balbuceó horrorizado.

Y saltó los últimos escalones desesperadamente, con ojos dilatados.

Entonces vio el cuerpo sin vida de la esposa del comisario Summer.

Tendida en el suelo, junto a la rampa de la escalera. De espaldas, con el rostro crispado, los ojos desorbitados, el gesto convulso, mirando sin ver hacia el vacío.

Muerta. Con huellas violáceas sobre su cuello. Estrangulada.

Como las otras dos víctimas anteriores.
Valerie Summer era la tercera víctima del asesino de las mujeres lisiadas.

CAPITULO VII

Era una cortina de agua torrencial.

Batía la campiña, en torno a Abbeyville, como una maldición bíblica, inundando tierras de cultivo, campos de labranza y bosques, llanos y hondonadas, El arroyo corría ya crecido. El cielo tenía color de atardecer sombrío.

Los alguaciles se detuvieron delante del bosquecillo. Contemplaron demudados el cuerpo que pendía de la soga, oscilando en la mañana lluviosa corno un triste pelele.

—Dios mío —comentó uno—. ¿Crees que lo hicieron ellos?

—No —negó el otro—. No han sido los linchadores. Mira eso: se puso esos troncos bajo los pies. El mismo se subió al nudo corredizo y, luego, hizo rodar los troncos con los pies.

—Suicidio...

—Sí. El pobre diablo se vio acorralado —escucharon ambos los cercanos ladridos de perro y el rumor de la hojarasca, allá al otro extremo del recodo del arroyo, por donde venían los linchadores—. Y terminó con todo...

Contemplaron una vez más el cuerpo rígido de Neil Olson pendiendo de aquella soga atada a la rama de un árbol. No era agradable nunca el rostro de un ahorcado.

Los dos comisarios se volvieron. Uno hizo sonar agudamente un silbato por tres veces.

Desde otro punto, en la espesura, respondieron con tres llamadas a su señal.

Minutos más tarde un jadeante y empapado comisario, Summer, alcanzaba a sus subordinados. Le bastó una ojeada a la arbolada para descubrir el cuerpo del ahorcado.

Inclinó la cabeza, soltando una imprecación sorda.

—Demasiado tarde —dijo—. No lo hemos conseguido.

—Ellos tampoco —señaló hacia el lugar donde sonaban perros y hombres —. Olson mismo terminó con la partida.

—Pobre diablo... —musitó Summer pensativo—. Me pregunto si realmente era culpable...

—Sólo los culpables ponen fin a su vida —sentenció un alguacil—. Los remordimientos y la desesperación le empujaron a ello, sin duda.

—Sí, tal vez sea así —Summer sacudió la cabeza—. De todos modos, ya nunca podremos estar seguros de nada sobre él. ¿Saben por dónde pudo llegar hasta aquí, sin ser visto?

—Lo imaginamos, comisario. Debió tomar la ruta del sur-sudoeste, por detrás de los silos y las granjas... Más o menos, a la altura de su casa, comisario.

—Mi casa... —Summer asintió distraído—. De haberlo sabido hubiese

valido la pena esperar allí, a verle pasar. En fin, ya no tiene remedio. Vamos, descuelguen al pobre infeliz. Lo llevaremos al pueblo. Esto ha terminado ya...

Poco más tarde, los linchadores y sus perros llegaban al lugar del suceso. Parecieron realmente decepcionados por no haber sido ellos los que pusieron fin a la vida del perseguido. Summer les obligó a regresar, irritado por los estruendosos ladridos de los perros. La jauría humana se dispersó en triste retorno a Abbeyville.

Summer y sus hombres, con el cadáver de Olson, iniciaron también su marcha, de regreso a Abbeyville. Por el camino se encontraron con Alan Millard.

—Alan... —Summer le contempló sorprendido—. Está empapado, pálido, desencajado... ¿Por qué ha venido? Es como si estuviera a punto de caer desfallecido, amigo mío...

Alan contempló el bulto que portaban los alguaciles envuelto en una manta.

Sin pronunciar palabra, alzó una parte de éste. Contempló en silencio el rostro amoratado y deforme de Neil Olson, su defendido. Lo tapó de nuevo, sin comentarios.

—Nadie lo hizo, Alan —habló Summer—. Mis hombres lo hallaron así. Había agrupado troncos a sus pies para encaramarse. Se mató al verse acosado.

Millard asintió sin decir nada. Luego clavó sus ojos en Summer. Este ordenó proseguir la marcha.

—Dick, hay algo que debe saber... —comenzó Alan sordamente.

—¿Sí? —le miró el comisario intrigado—. ¿Qué es ello, Alan?

—Verá... Iba en busca suya. Pasé por su casa para que su esposa me dijese el camino que había tomado...

—Ella no lo sabe —sonrió Summer—. Vine directamente desde la oficina, sin pasar por casa, para no perder tiempo ni alarmar a Valerie. Supongo que ella se lo diría así...

—Dick, ella... ella no pudo decirme nada. Nunca podrá decírselo ya a nadie...

—¿Eh? —Summer alzó la cabeza, miró a Millard con aturdimiento—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo... lo siento, Dick. No me gusta ser yo el portador de una noticia así. Pero ha ocurrido. Como en los casos de Gladys Oakley y de Sybil Kelly... También Valerie, su esposa..., igual que ellas. Está... está...

—¡Alan, por el amor de Dios! —Demudado, Summer le aferró por un brazo—. ¿Qué es lo que sucede?

—La mataron, Dick. En su propia casa. La hallé sin vida. Estrangulada como las otras chicas...

* * *

El juez Rattigan estaba ante otra pinta de cerveza. Parecía amargado, veinte años más viejo. Cambió una mirada sombría con el cantinero Carter y con el abogado Millard, que tomaba bourbon en el mostrador.

—Pobre Dick Summer... —comentó el juez—. Varios años de felicidad, luego aquel maldito accidente, la invalidez de Valerie... y ahora esto. El crimen, rompiendo ya totalmente su vida y la de ella... No es justo, no, Dios mío. No es justo. Summer es un buen chico. No merecía esto...

Siguió un silencio. Alan no comentó nada. Carter, el cantinero, aventuró unas palabras:

—De modo que el maldito Olson, en su fuga, aún tuvo tiempo de pasar por casa de Summer... y vengarse en su infortunada mujer...

Alan miró al cantinero. Se encogió de hombros.

—Es fácil culpar a un muerto. Olson ya no puede defenderse —comentó.

—Pero no pudo ser de otro modo, Millard —objetó ahora el juez, volviéndose a él mientras limpiaba de espuma de cerveza sus labios y su bigote blanco—. Olson pasó por ese lado, está comprobado. La lluvia no dejó huellas, pero debió entrar en la casa, y estranguló a Valerie Summer...

—Olson escapaba. Pasó cerca de la casa de Summer. Luego, al verse acorralado, tuvo miedo y parece ser que se ahorcó. Eso es lo que podemos deducir, pero, ¿lo sabemos acaso?

—No hace falta que venga de ultratumba a confesarlo —argumentó Carter —. Las cosas están claras, señor Millard.

Claro que como usted fue su abogado, es lógico que trate de defenderle aún...

—No trato de defender a un asesino, sino a un inocente, esté vivo o muerto —replicó

Alan secamente—. Sigo pensando que es raro que Neil Olson se llevara consigo una soga...

—¿Cómo? —pestañeó el juez.

—Lo que dije. ¿Cree que alguien que huye de prisión se entretendría en coger una soga, por si llega el momento de ahorcarse? Nadie piensa fríamente en el suicidio, desde el momento en que está intentando escapar. No tendría sentido.

—Eso es cierto —aceptó el juez pensativo.

—Supongamos que alguien ayudó desde fuera a que Olson huyera. Summer sólo sabe que abrió la celda y cuando iba a poner el desayuno del preso en el suelo, éste le atacó de modo imprevisible, derribándole, con una herida en la cabeza. Escapó, y fue perseguido.

Se le halló ahorcado, tras haber muerto Valerie Summer a manos del estrangulador. Es lo único que sabemos positivamente.

—Y si no hubiera sido Olson, ¿qué versión daría usted a los hechos? — indagó el cantinero, apoyándose de codos en el mostrador.

—No lo sé... Quizá le ayudaron a escapar, aprovecharon el momento para ir a casa de Summer y matar a su mujer, siguiendo luego al fugitivo y

ahorcándole a viva fuerza al hallarle, fingiendo luego que el pobre diablo se había suicidado.

—¿Qué ganarían con eso?

—El verdadero asesino nos dejaría un presunto culpable, confeso y convicto, que además no puede hablar ya, porque han tapado definitivamente su boca. Y Olson cargaría con las culpas de los tres asesinatos habidos. La muerte de tres muchachas lisiadas de una u otra forma.

—¿Lisiadas? —El juez Rattigan arrugó el ceño y luego asintió—: Muy cierto, Millard.

Esas tres mujeres tenían algo en común: sus defectos físicos. ¿Qué supone que significa eso?

—La conclusión es bien clara, juez —manifestó Millard secamente, apurando su bourbon y dejando una moneda en el mostrador—. En Abbeyville hay un asesino loco que odia a las mujeres imperfectas... y las mata. Y ese asesino no era Neil Olson. Ese asesino... aún anda suelto por la ciudad.

Salió de la cantina bruscamente. Ya no llovía, aunque la tarde tenía tintes sombríos que la hacían oscura y siniestra. Ya habían encendido el alumbrado público de gas para combatir la oscuridad ambiente.

Se paró en seco en la acera cuando un carruaje se detuvo en el bordillo y se abrió la portezuela. Una voz le invitó suavemente desde el interior:

—¿Quiere entrar, señor Millard? Tengo algo importante que decirle. Muy importante...

Alan alzó la cabeza. Miró a la solitaria ocupante del vehículo, y asintió.

—Sí —dijo—. Ya voy, señorita Sontag...

Y subió para sentarse a! lado de Abigail Sontag, la hermana de Muriel. Esta cerró la portezuela y el carruaje continuó lentamente su marcha.

* * *

—Y bien..., ¿qué tiene que decirme, tan importante?

—Creo que usted sabe lo que es.

—¿Lo sé? —Miró fijamente a su compañera en el confortable carruaje—. Entonces, ¿para qué tiene necesidad de decírmelo?

—Quiero decir que sabe a lo que me refiero: se trata de la razón que movió a mi hermana a intentar matarse.

—Ah, es eso... —suspiró Alan Millard pensativo—. Bien, ¿por qué se ha decidido a decírmelo ahora y no antes?

—Porque creo que las cosas han llegado ya a un límite intolerable e insostenible. No puedo permitir que Muriel vuelva esta tarde a casa. No debe ser.

—Creí que deseaban tener a la paciente en su propio hogar y no en un hospital...

—Me gustaría que así fuese. Pero nuestra casa es el lugar menos indicado

para Muriel.

No quiero que vuelva al infierno... y termine por matarse definitivamente.

—¿De modo que la razón de su intento de suicidio está en su propia casa?

—Sí, señor Millard.

—¿Y ese motivo es...?

—Mi padre.

—Ya —Alan inclinó la cabeza—. Lo sospechaba.

—No. Usted no puede sospechar algo tan horrible, tan abominable...

—¿Es cruel, despiadado...? ¿Un padre intolerante, tiránico...?

—Es algo más que todo eso. Es un enfermo. Un sádico. Un monstruo de lascivia y obscenidad.

—Pero eso a ustedes no debe afectarles más que moralmente...

—Y «físicamente», señor Millard.

—Cielos —la miró con repentino horror—. No puede ser posible...

—Señor Millard, él *NO ES* nuestro padre. Abbe Sontag nos adoptó de niñas. Perdimos a nuestros padres, alemanes como él, en un desastre. Es sólo nuestro padre adoptivo. No lleva nuestra sangre, ni nosotros la suya. Pero habiéndonos recogido de niñas, debería -haber sido un padre para nosotras.

—Entiendo. Y no fue así.

—¿Serlo? ¡Nunca nos consideró hijas suyas! No lo éramos verdaderamente... Yo... yo salvé a Muriel de sus garras...

—Dios mío —Alan dominó su náusea, pero no pudo evitar un gesto de asco—. ¿Cómo ha vuelto a su lado, una vez viuda?

-—Porque mientras estuve casada, me llevé a Muriel conmigo. Así la libraba de su codicia repugnante... Al enviudar, él se presentó, nos amenazó brutalmente... Siempre le he temido. Es capaz de matar, si llega el caso... Toleré de nuevo someterme a sus indignidades para salvar a Muriel en todo momento. Pero aquella noche, ebrio, me golpeó y atacó a Muriel, quien pudo escapar horrorizada... y quiso poner fin a su vida.

Siguió un profundo silencio. Alan respiró hondo. El tremendo secreto de Muriel Sontag era infinitamente más penoso de lo que imaginara. Mire compasivamente a Abigail. Ella tenía los ojos húmedos, el rostro tenso y lívido. La tomó con energía ambas manos y las apretó calurosa, afectuosamente.

—Pobres criaturas... —susurró—. Es como una pesadilla. ¿Por qué no denunciaron los hechos?

—El miedo, señor Millard... El nos hubiera matado. Además, hubiese negado todo. Y sabe mentir muy bien... Le temíamos tanto...

—¿Va a pensar ahora de diferente modo? ¿Le denunciará legalmente? Yo seré su abogado, Abigail. No sólo de usted, sino de Muriel también. Yo las defenderé como letrado, y las protegeré como amigo. Decídase, y verá en prisión, acusado de cohecho y una serie más de indignidades a ese hombre sin conciencia. Puedo conseguir incluso que le condenen a más de diez años de prisión, y luego lo expulsen del país.

—Estoy decidida. Lo haré. No por mí, sino por Muriel, mi pobre hermana... Ya es bastante infortunio que esté ciega. He visto el rostro de ese hombre maldito. Está deseando que vuelva a casa. Sabe que, estando ciega, Muriel no podrá defenderse de él como antes... Lea tendrá en sus garras, maldito sea...

—Entonces, anímese. Vamos ahora al juzgado. Presentaré el pliego de cargos y su denuncia al juez Rattigan.

—Pero antes debemos ir al hospital. Mi pa... ese hombre, Sontag... piensa ir a recoger a Muriel esta misma tarde, tal vez lo esté haciendo ya ahora...

—Entonces vamos rápidamente —la apremió Alan—. Diga al cochero que nos lleve al hospital, pronto. No solamente seré su abogado en todo momento, Abigail, sino que no debe temer a ese hombre, por mucho que la amenace. Ahora, yo las protejo...

El cochero, tras la indicación de Abigail, corrió hacia el hospital, al que llegaron momentos más tarde. Alan bajó con rapidez del coche. En la puerta se encontró con el doctor Holm, que parecía preocupado por algo. La noche caía con rapidez. E iba a ser singularmente oscura y fría.

—Doctor Holm, quiero denunciar ciertos hechos ante usted. El señor Abbe Sontag va a venir en busca de su hija Muriel... —comenzó Alan.

—Sí, ya ha venido —afirmó el médico con gesto huraño.

—Cielos... Es preciso que no se lleve consigo a Muriel. Yo me hago legalmente cargo de ella desde este momento. Llame a los alguaciles para ello, si es preciso. Sontag no se llevará a Muriel.

—Lo... lo siento, Millard. Muriel Sontag no está en el hospital.

—Dios mío... —se alteró Alan—. ¿Ya se la ha llevado ese hombre?

—No, no es eso. Sontag está ahora arriba. Ella... Muriel... ha desaparecido. No está en el hospital.

Alan lanzó un sordo juramento. Abigail y él cambiaron una mirada de terror, al tiempo que se precipitaban hacia la escalera. Por ella descendía ya, desencajado y furioso, el poderoso corpachón de Abbe Sontag.

—¡Doctor Holm! —rugía—. ¡Doctor, le hago responsable de todo! ¿Dónde está mi hija? ¡Tiene que decírmelo! ¡Yo tengo la única potestad para llevarla conmigo!

—No, Sontag —se le encaró fríamente Alan—, Usted ya no tiene derecho a nada. Su hija Muriel y su hija Abigail están al margen de su autoridad. Yo las represento legalmente a todos los efectos, y están bajo mi protección y la de la ley.

—¿Qué estupideces está diciendo, picapleitos? —se enfureció Sontag, enrojeciendo violentamente—. ¡Apártese de mí y de mi hija Abigail, si no quiere que...!

—No, señor Sontag —cortó fríamente Abigail, tratándole como a un extraño—. El tiene razón. He tomado una decisión. He denunciado el abuso de que me hace objeto desde hace años, y los intentos de asesinato de mi hermana. Ahora la ley se entenderá con usted...

—¡Ah, desgraciada! —rugió Sontag precipitándose airado sobre su ahijada —. ¡Te voy a dar la más terrible paliza que jamás...!

No llegó a tocarla.

Sorprendentemente para su recia humanidad, el cuerpo de Sontag resultó singularmente vulnerable para los súbitos y contundentes impactos de los puños de Alan Millard que, con fría precisión de técnico en pugilismo, alcanzó por tres veces el hígado y el estómago del gigante, dejándole lívido, sin aliento y derrumbándole pesadamente al pie de la escalera.

El doctor Holm llamó a sus enfermeros y uno de éstos partió en busca de los alguaciles.

Abigail buscó refugio contra el pecho de Alan Millard, que la acogió sin inmutarse.

—Oh, Alan... —susurró—. Me siento tan diferente ahora... Es como si confiara ciegamente en su protección...

—Esté segura de ello, Abigail. Pero ahora no es ese despreciable individuo el que me preocupa, sino ella... Muriel, su hermana. Vamos, hay que dar con ella esté donde esté...

Doctor Holm, ¿qué puede decirnos sobre esa desaparición?

—No lo sé. Estaba muy nerviosa... Los enfermeros dicen que anoche creyó ver a alguien dentro del hospital, que esta mañana también se creía vigilada por alguien que estaba ante su puerta... y parecía estar sufriendo una crisis nerviosa. Creo que se asustó tanto, que ha escapado: Lo peor es que está ciega... y temo por ella.

—Yo también —susurró Alan— Sobre todo sabiendo que hay por ahí un asesino que anda suelto... Un criminal que ha matado ya a tres mujeres lisiadas... ¡y ahora Muriel es otra de ellas con su ceguera actual!

Rápidamente salió del hospital, echando a andar con paso rápido calle abajo. Abigail le siguió, realmente asustada, mientras los enfermeros mantenían reducido a Sontag en espera de la llegada de los representantes de la ley.

CAPITULO VIII

Muriel se detuvo alarmada.

No estaba sola. Lo sabía. Lo intuía. Podía captar la presencia de otro ser humano, no lejos de ella. Vigilándola quizá.

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?

Las preguntas fueron rápidas, excitadas... La voz sonaba con alarma, con temor... No hubo respuesta. Ninguna respuesta. Pero aquel silencio no podía engañarla, como no la había engañado antes, la noche anterior y aquella mañana. Ella sabía que el vigilante silencioso existía, que no estaba lejos de ella. Que la acechaba.

Había sido una locura abandonar el hospital, ahora se daba exacta cuenta de ello. Pero dos motivos fundamentales la habían obligado a hacerlo por encima de todo.

Uno era el terror a su padre adoptivo, a sus malos instintos, a su sucia mente obsesionada. El otro, el miedo a aquel hombre que no podía ver, pero que sabía que estaba allí, vigilándola en la sombra de su ceguera.

Por ello escapó aquella tarde, aprovechando la misma puerta del patio que mencionara la noche anterior uno de los enfermeros. Era curioso el sentido de orientación que se despierta en una persona ciega cuando tiene que moverse. No sólo no había sido sorprendida por nadie en su fuga, sino que había sabido dar con la salida con relativa facilidad, alejándose pronto del hospital.

Luego, recordando fielmente el trazado de la población, había buscado las callejuelas poco frecuentadas, a espaldas del hospital, para dirigirse a un lugar donde pudiera sentirse segura. Ese lugar, el más cercano que conocía en torno al hospital, era el que ahora tenía que estar muy próximo a ella, si no se había desorientado en la oscuridad total de su nueva existencia.

Y, sin embargo, de repente, cuando más cerca se veía de esa salvación, había intuido, había presentido aquella proximidad amenazadora, ominosa. La presencia del silencioso vigilante, del hombre cuyos ojos notaba fijos en ella. Ojos tal vez despiadados, tal vez crueles...

Ya había oído hablar de la muerte de Valerie Summer, del suicidio de Neil Olson. Pero eso, lejos de tranquilizarla, había aumentado sus terrores. Porque ahora sabía positivamente que estaba en lo cierto. Valerie Summer era una mujer inválida sujeta a una silla de ruedas. Era obvio que tenía eso en común con las dos víctimas anteriores: las tres mujeres eran imperfectas. Tenían algún defecto físico.

Y ahora quizá era ella la cuarta de la lista. Lo temía. No deseaba confirmar ese horrible temor, pero ahora, más que nunca, presentía la vecindad del peligro, de la muerte misma.

—No crea que me engaña —silabeó, la vacía mirada fija en la nada, en la oscuridad de su mundo actual—. Sé que está ahí. Sé que es usted... Sé a lo que ha venido, por qué me vigila... ¡Lo sé todo, puedo verle mejor aún que si

mis ojos tuvieran luz! Es usted... ¡es usted el asesino...!

¿Era imaginación suya o la respiración sibilante del desconocido era ahora más cercana y había habido algo así como una risita contenida en su voz?

Quiso orientarse. Notaba frío, humedad. Bajo sus zapatos, el suelo empedrado aparecía encharcado. Tanteó, ante el silencio constante de la persona cercana, y de repente sintió en el empedrado, se situaron lejos de ella, cuando más temía que pudiera ser atacada.

Pero algo sucedía. Alguien debía pasar cerca, porque el vigilante misterioso se había alejado para no ser sorprendido. Captó el rodar de un carruaje, pero en vez de acercarse, se alejó de modo definitivo.

Alarmada, apresuró el paso, intentando huir de aquel paraje que no sabía a ciencia cierta cuál era, qué trecho de la calle estaba recorriendo a tientas, en ¡a oscuridad de una tarde que, para ella, era noche eterna.

Pero de nuevo otros pasos rápidos, acercándose a ella, la alarmaron. Sin embargo, esta vez los pasos sonaban fuertes, sin disimulo. Y venían rectos hacia su persona.

—¡Señorita Sontag! —Sonó una voz familiar, fuerte y limpia— ¡Qué sorpresa! Pero ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo se ha atrevido a caminar sola, cómo la han dejado abandonar el hospital por su propio pie?

—Oh, Dios sea loado... —susurró, reconociendo la voz—. Es usted, comisario... Comisario Summer...

—Sí, señorita Sontag. La he visto ahora, cuando iba a entrar en mi oficina... Vamos, venga conmigo. No puede andar sola por ahí... ¿La llevo a algún sitio?

—Sí, más tarde, por favor... —musitó ella—. Ahora prefiero... descansar un poco.

—Como quiera. Venga, entre en mi oficina. Ya voy a cerrarla. Tengo cosas que hacer hoy. Cosas muy penosas...

—Lo sé. He oído la noticia. No sabe cómo lo siento, comisario...

—Gracias, señorita Sontag. Es algo increíble. Aún no me he hecho a la idea. Valerie, mi esposa... Es enloquecedor.

—Lo creo. ¿Fue realmente ese chico, Neil Olson?

—No lo sé. Hay puntos oscuros. En principio parecía que sí, pero Alan Millard no está tan seguro. Ni tampoco el juez Rattigan. Creo que alguien quiso ofrecernos en bandeja un culpable ideal, señorita Sontag. Entre, por favor. Luego la llevaré adonde quiera, tras recoger las cosas. Los alguaciles se ocuparán hoy y mañana de mis asuntos. Yo debo estar junto a ella en estos momentos..., aunque ya no sirve de nada.

—Sí, le entiendo —estaba ya dentro del confortable calor de la oficina del comisario local. Oyó cerrar a éste la puerta del local con pestillo, y respiró aliviada al sentirse a salvo. Tanteó, en busca de asiento, que Summer le ofreció—. Tengo que contarle yo también algunas cosas, comisario...

—¿Usted? ¿Sobre qué?

—Me temo que sean también... sobre el asesino.

—¿De veras?

—Le sonará extraño, pero no crea que sufro alucinaciones ni que me he vuelto histérica. Sé que el asesino estuvo en el hospital hoy. Estoy segura de ello.

—¿Es posible? Suena a fantástico...

—También estuvo anoche. Me vigila. Creo que quiere una cuarta víctima. Otra mujer inválida o lisiada, ¿entiende?

—Dios mío... —sonó ronca la voz del comisario—. Esa es la teoría de Alan Millard precisamente.

—Lo creo. Y él tiene razón, estoy segura. El asesino mata a mujeres inválidas o con un defecto físico, eso es obvio, comisario. Yo temo morir en cualquier momento...

—Vamos, no diga eso... Yo haré que la vigilen, si realmente teme algo.

—Gracias. Es muy amable, comisario. Eso me hará sentir mejor...

Calló, aliviada. Summer, evidentemente, pensaba. También permaneció callado, pensativo acaso. Muriel captó su respiración, su aliento, sus leves movimientos ante ella.

Y, de pronto, comprendió.

De pronto supo que no estaba a salvo. Que distaba mucho de estar protegida.

Con una nitidez espantosa supo en ese momento que quien respiraba ante ella, quien callaba y se movía... era la misma persona que la vigilaba en el hospital sigilosamente...

—¿Qué le ocurre, señorita Sontag? —había un tono raro, tenso, en la voz repentinamente ronca de Dick Summer.

—No, nada... —trató de mostrarse serena, de disimular lo más posible—. Nada... Es sólo que...

—Es sólo que «ha comprendido», ¿no es cierto? —sonó la voz de Summer dura, glacialmente—. Ahora ya «sabe» que soy yo el hombre de quien debe protegerse. Que yo maté a «todas» esas mujeres..., incluso a mi propia esposa...

Y supo, en ese preciso instante, que Summer iba hacia ella. Que iba a matarla allí, en su propio despacho, sin que nadie lo sospechara jamás...

FINAL

El destrozo de vidrios acompañó a la llegada de Alan Millard, justamente cuando el terror provocaba en Muriel Sontag su terrible shock... y la luz volvía a sus ojos, viendo primero las formas desfiguradas de objetos, personas y luces, para luego irse aclarando y matizando su visión hasta la perfección

Lanzó un grito agudo, terrible, pero ya para entonces Alan Millard había saltado sobre el comisario Summer y le apoyaba un revólver en la sien, advirtiéndole secamente:

—Un movimiento, Dick y es hombre muerto. Su carrera criminal ha terminado...

—Maldito sea..., ¿cómo pudo saber la verdad, Alan? —jadeó Summer lívido.

—En cuanto me enteré de que su esposa Valerie había hecho un seguro de vida a su nombre por trescientos mil dólares... y que usted tenía una amante en esta ciudad, la señorita Stella Leyton... Los comadreos y una sospecha me hicieron venir aquí, muy a tiempo. Fracasada su coartada con el pobre Olson, pensaba crearse otro supuesto asesino loco, y ocultar su crimen con otros asesinatos de mujeres con defectos físicos, que encubrieran el móvil real del auténtico crimen planeado... bien tuto, comisario. Pero fracasó .., fracasó totalmente...

Y mirando dulcemente a Muriel, añadió suavemente:

—Ahora, nada tema querida.. Sontag está detenido, acusado formalmente, y yo voy a protegerla de todo...

—Sí, Alan, por favor... —sollozó ella— Acabo de recuperar la visión... pero la necesito ahora más que nunca.

FIN